

BÚSQUEDA DEL SILENCIO Interior en la Ruidosa Ciudad

«El que cree en Mí: de sus entrañas manarán ríos de agua viva» (JN 7,38)

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío, me abandono a Tí.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí te lo agradezco, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad se haga en mí y en todas Tus criaturas, no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.

Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

Asociacion C. Lamuas Carlos deformedd Abril – Junio 2018 ÉPOCA IX – nº. 197 (2018)

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería manuel.pozooller@diocesisalmeria.es; y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN María del Carmen Picón Salvador C/ Lopán 47, 4°, H. 04008 – Almería maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES Josep Valls: jvalls@tinet.cat; y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Pablo D'Ors, Gabriel Leal Salazar, Antonio López Baeza, Ana Ma Ramos Campos, Antonio Rodríguez Carmona.

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael 04230 – Huércal de Almería (Almería) c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

El Boletín en formato papel no se vende. Se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS. Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona o bien a c.e.: administracion@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

Residentes en España: Donativo anual, 20 €

A) Opción preferente: suscripción con domiciliación bancaria:

DATOS PERSONALES
Nombre y Apellidos
Dirección
Puerta Código Postal Población
Provincia
DATOS DE LA CUENTA
Nombre de la Entidad Bancaria
CODIGO INBAN: (24 DIGITOS) ES,,,,,,
Nombre del titular de la Cuenta
Autorizo a la administración de la "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España" para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba
Fecha: Firma:

B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a: Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"», entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.

Residentes en otros países: Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas", entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

EDITORIAL

EL DESIERTO: ENCUENTRO CON DIOS

Con el título *El Desierto en la Ciudad* apareció publicado en España el libro del Hno. Carlo Carretto el año 1979 siendo traducción del original italiano *Il deserto nella città*. La intención del autor es «ayudar a quienes, comprometidos y sobrepasados por el trabajo, si se les habla de oración, dicen; no la hago... no tengo tiempo... no sé cómo hacer».

Sin duda que el gran amor de Carlo Carretto fue el desierto del Sahara, el verdadero desierto, el de arena y estrellas que, como escribe, «no se habría apartado nunca de él si la obediencia no le hubiera mandado ir más lejos». Su estancia en Hong-Kong le hizo ampliar su experiencia e interrogarse escuchando a los jóvenes sobre la experiencia de desierto como encuentro con Dios. Él mismo cuenta el enriquecimiento de su visión de las cosas en su libro citando una reunión celebrada con jóvenes cuando uno de los presentes le interpela del modo siguiente: «Estás tan entusiasmado con el tiempo que has pasado en el Sahara, que da la impresión de que aquella soledad es algo único. Yo no puedo ir allí. ¿Qué tengo que hacer entonces? Encontrar a mi Dios en el babel de mi ciudad. ¿Cuál es el camino que tengo que recorrer? ¿Hay posibilidad? Si la hay, te pregunto una cosa: ¿Por qué no escribes un libro que nos ayude a hallar nuestro desierto en la ciudad?»2

En efecto las circunstancias no siempre favorables para alejarse de todo y adentrase en el desierto hacen a muchos interrogarse sobre cómo buscar y hallar a Dios sin escapar de las obligaciones de la ciudad. Este es el planteamiento del joven citado más arriba. El Hno. Giorgio Gonella, en Nueva York, en el año 2003, nos ayuda a encontrar respuesta a nuestro interrogante con un testimonio de vida cuando narra:

 2 CARLO CARRETTO, El desierto en la ciudad (Madrid 1979)20-21.

«Freddy, un vagabundo que en estos días comía a menudo con nosotros tenía los pies tan hinchados por el alcohol que sólo podía calzar un viejo par de zapatos negros y sin lazos. Los arrastraba casi como si fueran pantuflas. Y, sin embargo, la serenidad de su rostro me hablaba a menudo de Dios, del Dios de Jacob, aquel que es amigo de los humillados, aquel que se sienta a discutir larga, interminablemente con ellos. Ahora que ha muerto, asesinado por una puñalada, imagino un icono de Freddy con sus viejos zapatos gastados en las manos. En este desierto de la miseria humana he caminado a menudo al ritmo arrastrado de los zapatos de Freddy y de tantos como él. Confiaba en ellos. Son guías seguros. Desierto ... ciudad. Ciudad ... desierto. Las sandalias del peregrino, las pantuflas del vagabundo. Carlo Carretto comprendió que no se trataba de dos viajes diferentes, sino del mismo viaje. De aquí nació el libro El Desierto en la Ciudad». En consecuencia, el desierto lo hallamos en cualquier parte incluida la ciudad, con sus pros y contras. Para adentrarnos en él hay que saber amar y no olvidar nunca que el desierto no es ausencia ni huida del hombre sino presencia de Dios para mirar con sus ojos a la humanidad entera.

En el Boletín que presentamos con conciencia de su limitación y con la esperanza de que sea útil para renovar nuestra condición de peregrinos y buscadores de Dios en medio de la ciudad secular recordamos con León Felipe: «Ser en la vida romero, romero ..., sólo romero./ [...] Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo./Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero».

Un excelente elenco de colaboradores han hecho posible que nuestras secciones sean de excelencia con artículos extraordinarios de Antonio Rodríguez Carmona, Giorgio Gironella, José Mejías, Jacqueline Rouillard, Dolores Alexaindre, José Luis Vázquez Borau y Juan Martín Velasco. Un regalo de última hora: la publicación de *Espiritualidad del Desierto* de Gisbert Geshake.

MANUEL POZO OLLER, Director

Desde la Palabra



«El paraíso es el símbolo de la felicidad (Gén 2,4-25): nos pinta un cuadro de armonía, de un perfecto equilibrio en la relaciones del hombre con Dios, con los otros humanos, con la naturaleza creada.

El hombre desarrolla todas sus capacidades en un contexto de abundancia, de fertilidad, de riquezas. Todo es bueno.

Pero en realidad esto es solo el proyecto que Dios tiene para el hombre, lo que debe conseguir al final. La realidad es que el hombre vive en una situación de pecado y el pecado convierte el paraíso en desierto.

El desierto aparece, pues, en contraste con el paraíso, como el lugar de la esterilidad, de la soledad, de la indigencia, de la debilidad, desnudez, despojamiento, sequedad, aridez, muerte.

Es el lugar de la maldición, donde aparece que no es posible la vida (Jer 4,20-27). Es lugar donde habitan los demonios y bestias maléficas (Is 34,10-16).

El mundo viene a ser este desierto en el que tenemos que habitar. La vida del hombre es un desierto».

EMÉRITO DE BARIA, Meditación introductoria al desierto. Mes de Nazaret (Tarrés, agosto 2012).

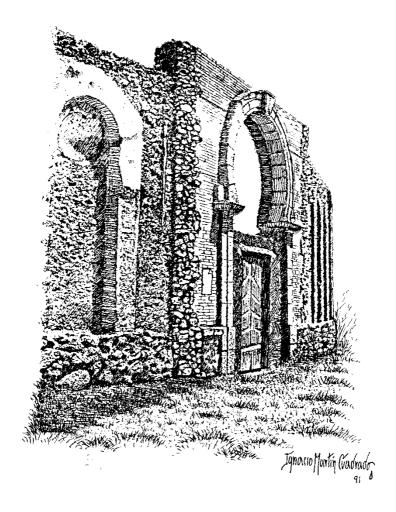
EL DESIERTO DE JESÚS

El desierto es lugar de soledad, desprotección, donde el hombre se encuentra solo con su pobreza ante la grandeza del Creador, lugar de silencio profundo y prolongado, adecuado para pensar sobre el sentido de su vida. Allí marchó Jesús después de su bautismo. San Marcos designa con una palabra fuerte esta ida, escribiendo «El Espíritu le empujó al desierto» (1,12). Acaba de ser ungido mesías por Dios sugiriéndole que debe hacerlo en la línea del Siervo del Señor, pues las palabras que le ha dirigido en la unción están tomadas del primero de los cánticos del Siervo (Is 42,1). Ahora es urgente que vaya al desierto para aclarar cómo realizará esta tarea en la línea marcada. La tradición referida conjuntamente por san Mateo y san Lucas escenifican su proceso de discernimiento en tres tentaciones claves, que van a guiar su ministerio. En la primera discierne sobre qué tipo de acciones debe emprender y qué tipo de peligros debe afrontar, concluyendo que todos aquellos que sean voluntad del Padre, aunque conduzcan a la muerte. Se presenta con la escena del hambre causada por el largo ayuno que está realizando, en que Satanás le sugiere que emplee el poder recibido para su tarea mesiánica en favor propio, convirtiendo piedras en pan. Jesús responde que esto sería jugar a ser hombre, si el Padre le ha empujado al desierto y a pasar hambre, él proveerá, pues realmente el hombre vive de hacer la voluntad de Dios manifestada en su palabra. Por ello no jugará a ser hombre sino que vivirá una auténtica existencia humana en la debilidad, igual a la nuestra, sin recurrir a su divinidad para solventar las dificultades y peligros. Más adelante, consciente de que pertenecen a su misión, emprenderá acciones que sabe que le llevarán a la muerte, como la descalificación del templo de Jerusalén. En la cruz, los transeúntes le piden que se salve a sí mismo, bajando de la cruz (Mc 15,30), y se queda en ella, igualmente los sumos sacerdotes le piden que baje de la cruz para creer en él (Mc 15,32) y tampoco baja. La fe en él no vendrá por haber abandonado el plan del Padre, sino por su fidelidad a él,

confiando siempre en su providencia. Por ello terminó su existencia humana poniendo su vida en las manos del Padre: «Padre, en tus manos confío mi espíritu» (Lc 23,46). De esta forma el centurión viendo cómo había muerto proclamó que este hombre verdaderamente era hijo de Dios (Mc 15,39). En la segunda tentación discierne que debe evitar los peligros derivados de acciones temerarias, no queridas por el Padre, sino inspiradas en la propia vanidad. Se presenta evocando una tradición popular que hablaba de la aparición del mesías descendiendo del cielo, modo que Jesús rechaza porque eso sería tentar a Dios esperando una ayuda que no ha prometido. Por eso Jesús realizó su misión con pobreza de medios, sin tener donde reclinar la cabeza (Lc 9,49) y pidiendo a sus discípulos que vayan a la misión de forma austera (Mc 6,8), y ante los peligros que cree que no debe afrontar, huye, como cuando se retiró a la región de Efraín (Jn 11,54), lugar donde podía ocultarse y donde se refugiaban los fácilmente perseguidos por la justicia. Finalmente en la tercera tentación Jesús, consciente de que en calidad de mesías está llamado a conquistar todo el mundo para Dios, discierne los medios que debe emplear, concluyendo que solo los que el Padre le proporcione, aunque sean pobres y débiles, como el amor, el respeto a la dignidad y libertad humanas, la palabra de verdad, y rechazando todo tipo de medios demoníacos empleados por los hombres de todos los tiempos para adquirir el poder, como la violencia, la mentira, la intriga, el esclavizar a las personas, el dinero. Todos estos medios el hombre pecador los ha puesto en manos de Satanás, por eso en la escenificación de la tentación aparece éste ofreciendo a Jesús sus medios para dominar el mundo, que lo rechaza de forma tajante, pues esto implica servir y adorar a Satanás y su único absoluto, servicio y adoración son su Padre. Este es el camino de Jesús y debe ser el de la Iglesia y de todos los cristianos. Por eso es importante que vayamos al desierto y nos aclaremos a dónde vamos y a quién servimos y adoramos.

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

En las huellas del Hermano Carlos



«Dios quiso hacer pasar a su pueblo por el desierto. En el desierto se formó como pueblo, en él descubrió a Dios. Dios se hizo presente en el desierto.

El desierto se convierte así en un camino hacia la tierra prometida, hacia el paraíso futuro, hacia la plenitud humana.

El desierto es también el lugar de la adoración (Ex 3,17-18; 5,1-3). Es lugar donde hacen la Alianza y reciben la Ley.

Es el lugar de la prueba que hace posible la fe (Ex 17,2-7). El hombre se ve despojado de todo apoyo y seguridad y experimenta sus límites, su debilidad, la proximidad de la muerte. Esto le hace tomar conciencia de su propio yo y se ve impulsado a confiar en Dios, único que puede sostenerle. El hombre se encuentra así consigo mismo y con Dios. El desierto se convierte así en una actitud del corazón: abandono, pobreza, despojamiento, soledad, y confianza en Dios.

El desierto es el lugar donde Dios se revela a su pueblo: es su guía (Ex 13,21), es el Dios que libera (Ex 3,7-10), el Dios de la promesa (Ex 3,16-17), el que cuida de ellos (Ex 17,2-7), el Dios que está presente en medio de su pueblo (Os 11).

En el desierto el pueblo es infiel, pero la misericordia de Dios se manifiesta y triunfa».

EMÉRITO DE BARIA, Meditación introductoria al desierto. Mes de Nazaret (Tarrés, agosto 2012).

DIOS ES LA SOLEDAD DEL DESIERTO

«Carlo Carretto era un zapatero experto. En 1968, cuando yo era un joven estudiante, pasé unos meses con él en el Sahara, en Beni-Abbès. Carlo pasaba horas sentado en un taburete de zapatero [...] En 1971, continuando mi propio viaje espiritual, realicé mis primeros votos de Hermanito del Evangelio, y desde entonces viví casi siempre en nuestra fraternidad de Nueva York. Extraña vocación la nuestra, que te nutre del desierto y después te arroja en un cuartito de la ciudad [...] En Nueva York descubrí otro desierto, otro paisaje vacío y desolado: el de la soledad. El sufrimiento de la gente de la calle, de los vagabundos, de los drogadictos, de los enfermos mentales... Era un nuevo Sahara, el lugar de otra peregrinación en la nada en la búsqueda del Todo [...]

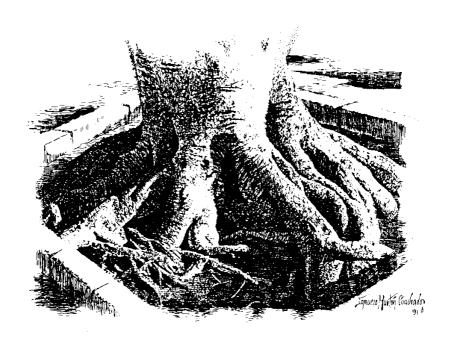
El desierto no es un lugar geográfico, lo remite a menudo, sino sobre todo una dimensión fundamental de nuestra vida, la dimensión fundamental de la vida de cada uno de nosotros. Sin embargo, casi siempre nos negamos a enfrentar necesariamente este viaje y pasamos las vida huyendo. Huimos frente al silencio de Dios rellenándolo con piedad, moralismo y clericalismo hasta sofocarlo. Huimos a la vista del pobre, deslumbrándonos con teorías, excusas y pretextos. A menudo somos generosos, pero tenemos demasiado miedo a la soledad, del silencio, de la pobreza. El desierto es un mirada de verdad de nuestra vida y, en lugar de acogerlo y descubrir el Todo por el camino de la nada, escapamos...; El vacío da terror! ¡Mejor huir que abandonarse!

En las Bienaventuranzas, corazón de la enseñanza de Jesús, la condición de vacío se exalta como manifestación de lo divino. Quien no posee es bienaventurado... quien se vacía está pleno... quien tiene sed es fecundo... quien necesidad es afortunado. La felicidad se encuentra en el extremo opuesto de donde la buscamos a menudo: ¡qué torpes somos! Es en este vacío interior del hombre que vive las bienaventuranzas donde las sandalias del peregrino y las pantuflas del vagabundo se

vuelven una sola cosa. No hay verdadero desierto si no es la del hombre despojado, desnudo de las Bienaventuranzas. Vacío, desnudez, pobreza... No se trata de realidades creadas artificialmente. Están allí, las llevamos dentro, pero no queremos verlas. La ceguera voluntaria es nuestro pecado más grande. Es una manera sutil de huir. El desierto de las Bienaventuranzas nos obliga a ver nuestro vacío, aunque dé miedo, aunque haga mal; y a veces nos hace muchísimo mal. Los pobres de este mundo son el paisaje de nuestro paisaje interior; por eso a menudo evitamos fijar la mirada en ellos. Porque nos vemos a nosotros mismos. Porque descubrimos hijos de Job, tierra seca, agostada. Y un día descubrimos que este espacio de vacío (podemos llamarlo desierto o bienaventuranza, es lo mismo) no es el lugar de pasaje para llegar a Dios, sino el punto de llegada. El desierto que creíamos era el camino es, en cambio, el destino final. No hay una tierra prometida más allá de todas las dunas superadas. La peregrinación, el exilio... son la patria esperada. Dios está en el corazón del desierto atravesado, en el corazón del viaje, del exilio. El Todo no está más allá de las dunas de la Nada, sino en su centro. El Todo está en la "Nada". Dios acampó en el desierto. Dios es el desierto. Dios es la soledad del desierto. Y el corazón se podrá relajar, descubriendo que en ese vacío se encuentra la perfecta alegría. La comunión que buscamos toda la vida no es lo contrario a la soledad. Es sobre todo la afirmación luminosa de la soledad: soledad descubierta bajo una luz divina y transformada en abandono. Por esto un monje del siglo cuarto, que no había visto las películas de Hollywood, decía que el amor auténtico es hijo del "desierto". Y la peregrinación continúa: cada vez más verdadera, cada vez más exigente, cada vez más interior [...] Gracias, Carlo, por aquellas sandalias. Las necesito todavía. Quién sabe cuánto debo caminar todavía; estoy al principio. Tenías razón: para este viaje el hilo de hierro es mejor que la cola de pegar».

GIORGO GONELLA, "Prólogo" en CARLO CARRETTO, *Il deserto nella città*.

Testimonios y Experiencias



«El desierto es una época privilegiada para el pueblo. Hacia el desierto vuelven su mirada para reencontrar el camino perdido, para reencontrarse con su Dios (Os 2,4-25).

El desierto es una llamada a la conversión (Dt 8,2-6.11-20). Es un lugar de pasado hacia el cumplimiento de la promesa (Is 32,15-20; 41,18-20; 43,18-21), el desierto se convertirá en paraíso.

Jesús vive desde la fidelidad la experiencia del desierto (Mt 4,1-11).

Jesús es nuestro desierto: el agua viva, el pan vivo, luz, guía, camino, serpiente elevada que da vida.

Busca en el desierto la soledad y el encuentro con Dios (Mt 14,13; Mc 6,31; Lc 4,42). Revive la experiencia de desierto: sermón del monte (Mt 5-7); multiplicación de los panes (Jn 6)».

EMÉRITO DE BARIA, Meditación introductoria al desierto. Mes de Nazaret (Tarrés, agosto 2012).

EL SILENCIO, UNA NECESIDAD PARA DESCUBRIR Y VIVIR LO QUE SOMOS DE FONDO

¿Es posible el silencio en nuestro mundo?

Nuestro mundo no es el generador de los ruidos, aunque sus ritmos no ayudan en absoluto al silencio, sino que es el reflejo de las tensiones y los ruidos que las personas llevamos dentro, en nuestra mente y en nuestro corazón. Los peores ruidos no son los ambientales, los de fuera. Para que el silencio sea una realidad en nuestro mundo necesitamos silenciarnos por dentro, que cada vez haya más personas que cultiven su vida interior, personas que transmitan al mundo los frutos de ese silencio.

Voy a exponer lo que yo creo que necesitamos como personas, como colectivos (grupos, comunidades) y como sociedad para que el silencio pueda ser una realidad en nuestro mundo y se exprese nuestra esencia.

Parar. Tiempos de silencio

En nuestra sociedad occidental vivimos o bien en el modo hacer, esclavos de la producción y de la eficacia, o en una pasividad narcotizante, saturados de estímulos y de información. Este modo de vida nos desconecta de nuestra naturaleza profunda, de esa otra información, aquella que todos llevamos en lo profundo de nuestro ser, y que nos "informa" de quiénes somos verdaderamente.

Y no podemos vivir lo que somos de fondo sino paramos. Necesitamos tener momentos diarios de silencio, oración, meditación. Con cierta frecuencia, por ejemplo una vez al mes, viene bien un tiempo más largo: un día de retiro o de desierto, unas veces en soledad y otras en grupo. Y a lo largo del año tener dos momentos, o más, de varios días de silencio.

Confianza

En esos tiempos de silencio es importante la actitud de docilidad, de dejarnos llevar por el Espíritu. Es frecuente ir a un tiempo de silencio con expectativas, planes y programas, con deseos de resultados, y eso es contraproducente.

Necesitamos abandonarnos y confiar en que hay Alguien que sabe lo que necesitamos, dejar que la Sabiduría que nos habita sea la que nos conduzca, la que nos lleve, más allá de agradable o desagradable («Ni cogeré las flores ni temeré las fieras»), más allá de entender lo que estoy viviendo. Necesitamos confiar en la Vida en medio de la vida.

Atención y escucha

En la medida en que el silencio se vaya dando dentro de nosotros surgirá la capacidad de vivir atentos, de escuchar. Y ¿qué necesitamos escuchar? Fundamentalmente dos cosas: la verdad de mi mentira y la verdad de mi Verdad.

La verdad de mi mentira es darme cuenta del personaje con el que me he identificado toda mi vida y con el que me he engañado a mí mismo y he intentado engañar a los demás. Caer en la cuenta de esto es doloroso, pero bien encauzado puede ser muy liberador, pues es la gran oportunidad de ir soltando todo eso que no soy y que me impide vivir aquello para lo que he sido creado: amar y ser amado. La verdad de mi mentira es también creerme y vivirme como algo separado de todo cuanto existe, sentir que no formo parte de la Vida que anima a cada ser humano y a cada ser vivo.

La verdad de mi Verdad es que en lo profundo de mí habita esa Presencia (Dios, Padre, Trascendencia) que todo lo habita, que yo soy morada de Dios, y si no hay silencio dentro de mí no puedo escuchar esa Verdad, no puedo vivir esa experiencia. Se trata de poder escuchar, entre las diferentes voces y ruidos de mi ego, la Voz.

Aceptación

Cuando paramos y hacemos silencio se ponen delante de nosotros experiencias y heridas de nuestra historia personal que son dolorosas; esta es una de las razones por las que huimos de nosotros mismos, por las que nos cuesta tanto a veces parar, hacer silencio y entrar dentro de nosotros; hay cosas de nuestro pasado que rechazamos y que no queremos ver. Pero todo lo que no ha sido sanado está llamando a nuestra puerta reclamando atención y cuidado, y esta es la mayor fuente de ruido en nuestro interior, lo que nos hace huir y desconectarnos de nosotros mismos, de los demás, de la naturaleza y de Dios, de la Vida en todas sus manifestaciones. La pelea con nuestro pasado es la pelea con nosotros mismos, y genera el miedo al futuro, a que pueda repetirse aquello que rechazo de mi propia historia. Y así nos pasamos la vida esclavos del pasado y del futuro: lamentando lo que pasó y temiendo lo que pasará, y nos perdemos la mayor riqueza: el momento presente, el único momento en el que puede manifestarse ese Dios que todos llevamos dentro.

Por eso es tan importante, en un camino verdaderamente espiritual, ir entrando en un proceso de aceptación de mis límites y de mi pobreza, y también de los límites y pobreza de los otros.

Compasión

Esa aceptación, que tiene su origen en el silencio, la confianza, la escucha y la atención, va dando lugar a vivir la compasión. Ser compasivo es más que aceptar mis límites y mi pobreza, y los límites del mundo en el que vivo. Ser compasivo es amar lo que soy, lo que son los demás y lo que es la realidad que me rodea.

Con frecuencia queremos cambiar el mundo sin amarlo. No podemos cambiar el mundo, sólo podemos amarlo, y amándolo se podrán ir dando los cambios que necesita. Amar la realidad no significa que quiero la injusticia y el sufrimiento del mundo, tampoco que los justifique; amar la realidad es acogerme y acoger desde el silencio, desde lo profundo, mi pobreza y la pobreza de los demás; es también sentir el impulso de la Vida que se expresa en mi vida y en la vida de todo cuanto existe; es descubrir la Presencia en lo pequeño, en lo ordinario, en lo cotidiano; es poder amar mi pasado y el de los

otros no como algo que me fija, me determina y me esclaviza, sino como una historia de liberación, más allá de mis heridas y de mis carencias afectivas.

Ser compasivo es dejar que el silencio me vaya abriendo a una mirada amorosa a toda situación de dolor y de muerte, comprometiéndome con esa situación de una manera realista, en lo que me toca hacer, sin dejarme llevar por la comodidad o por el voluntarismo.

El silencio interior nos va haciendo más compasivos; y la compasión, como expresión de amor a toda realidad de sufrimiento, nos conduce y nos devuelve al verdadero Silencio, a Aquel que nos habita.

Personas y/o grupos de referencia

El camino interior no se puede hacer solo. Necesitamos tiempos de soledad y de silencio, para que el Silencio que somos se vaya expresando; pero también necesitamos ser acompañados por personas o grupos de referencia que nos ayuden a discernir y a descubrir nuestros puntos ciegos. Toda persona tiene aspectos neuróticos que por sí misma no puede ver; son tendencias de nuestro carácter que ocultan nuestra esencia. Esos puntos ciegos también forman parte de los ruidos internos; por eso necesitamos ser humildes para poder escuchar a los hermanos, a los amigos, a las personas que nos acompañan en el camino y que nos ponen delante esos aspectos de nuestro carácter, esto nos ayudará también a crecer en el verdadero silencio. Esas personas, que son compañeros de viaje en el camino de la vida, no solo nos ayudarán a tomar conciencia de las voluntades de mi ego, también nos ayudarán a descubrir la voluntad de Dios en este viaje de la vida.

JOSÉ MEJIAS

EL SILENCIO

«...el silencio conlleva una profunda repercusión social. Él que va impregnado de silencio ejerce una bondadosa influencia sin casi pretenderlo. No se vive el silencio para sí mismo. Como el sol no luce para sí, ni la lluvia cae para sí. Viene a ser el silencio la comunión con todos» J. FERNÁNDEZ MORATIEL. Obras: La alcoba del silencio (Bilbao 2007); Minutos de silencio (Madrid 2013); La oración del silencio (Madrid 2013); y otras

Hablar, o escribir, sobre el silencio parece una paradoja, una contradicción, más bien seria una invitación a hacer silencio. Pero como me han pedido compartir algo de mi experiencia de Silencio voy a intentar, sencillamente, a hacerlo.

Yo soy mayor e intentaré mirar atrás para ver cuál ha sido mi camino respeto al silencio:

He vivido años formando parte de una congregación religiosa donde la vida estaba marcada por "momentos o espacios de silencio: la oración personal y comunitaria, los espacios de reflexión, de estudio, el Gran Silencio de la noche etc..." Sin que fuera para mí un silencio impuesto entraba en el ritmo normal de la vida cotidiana y en esta época no ahondaba más en ello.

Llegó un momento en mi vida cuando sentí la llamada muy fuerte a vivir una vida de soledad y de silencio; mi respuesta a esta llamada, después de discernir, se concretizó en un dejarlo todo y empezar una andadura en un lugar y un espacio que propiciaba una "vida de silencio" con contactos puntuales con las personas que venían buscando tiempos, más o menos largos, de silencio, soledad, para encontrarse consigo mismo, con Dios. Estos años fueron para mí de experiencia vivida en "soledad acompañada". Fueron años muy ricos ahondando en esta "vida de silencio". En ellos tuve la inmensa suerte de ser acompañada por personas que eran verdaderos "maestros" en este camino.

Hoy día que "he vuelto al mercado", quiero decir que no vivo ya una vida en soledad, caigo cada vez más en la cuenta que la "vida de silencio" de los monjes(as), ermitaños(as) etc., es importante y que para mí también necesario pararme, de vez en cuando, alejarme de mi quehacer cotidiano para orientarme otra vez hacia «las condiciones que nos permitan ser plenamente lo que somos» [Cf. MÓNICA CABALLÉ. Obras: La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia, Oberón (Madrid, 2002); La filosofía, maestra de vida (Madrid, 2004); La sabiduría de la no-dualidad. Una reflexión comparada entre Nisargadatta y Heidegger (Barcelona, 2008²); El arte de ser (Barcelona, 2017)] pero eso no es el silencio de la vida que es «aquel arte de saber silenciar las actividades para llegar a la experiencia pura de la vida» (Cf RAIMON PANIKAR, Filósofo, teólogo, escritor, profesor universitario y sacerdote católico).

El silencio no es ausencia de ruidos sino ausencia del ego. La mente es para nosotros una herramienta valiosa que necesitamos para vivir, para proyectar, reflexionar, pensar etc. Pero hay en nosotros otra dimensión, la espiritual, la de nuestro "ser", y a ello no accedemos por la mente. Cuando nos identificamos, nos reducimos a ella es cuando en nosotros esta el ruido que nos impide vivir "lo que somos" y hacernos presentes a la Presencia que nos habita.

El silencio no se adquiere por voluntarismo: silencio de mandar y ordenar..., se recibe, y por ello hay que disponerse y meterse a la escuela del silencio, aprender del silencio, el silencio nos enseña. Como en todo lo que se quiere aprender hay que practicar, entrenarse: si quiero aprender a tocar el piano tengo que practicar, si quiero aprender a conducir hay que practicar... Unas herramientas o métodos que me ayudan en la práctica del silencio son para mí:

• la meditación cotidiana. "Estar". Estar presente a la Presencia que me habita; Vivir conscientemente el momento presente. Estar en lo que estoy.

- Párame de vez en cuando para volver hacia el interior, conectando con la respiración. Cualquier momento puede ser propicio. Mientras espero el ascensor, un momento que no tengo "nada que hacer", un sonido... etc.
- Conectar con la naturaleza,(es una gran Maestra), es también camino de silenciamiento; solo "mirar". "En el Zen se habla de "la mirada flecha" y de "la mirada copa", la primera es capturadora y discriminadora, la secunda es abierta y espaciosa" (Cf JAVIER MELLONI, jesuita teológo y escritor).
- Estar a la escuela del silencio es disponerse, abrirse a la Presencia, con mayúscula, que me habita, me enseña en mi "estar" con los demás: «la palabra llega a ser innecesaria si uno mismo se hace presente. Es en el silencio donde se da la pura Presencia... Ahí todo se vuelve Presencia: el Amor, la Paz, la Bondad, la Luz» (J. FERNÁNDEZ MORATIEL).

El silencio es también expresión de libertad. Libertad que nos es hacer "lo que me da la gana" o lo que deseo, sino libertad interior cara al yo (neurótico) que me encadena, Libertad también a lo que en nuestra sociedad puede esclavizar: exceso de información, bombardeo de la cultura publicitaria, saturación de los sentidos, la adicción al "hacer", los ruidos que invaden etc ... Libertad para saber parar, soltar.

Para terminar, os dejo con esta invitación del dominico José Fernández Moratiel, fundador de la Escuela del Silencio:

«...Atiende a tu vida, atiende al silencio, a ese soplo y veras que te recibes, y sobre todo que te recibes de Él, no de lo que los demás piensen, de lo que los demás hablen, de lo de que los demás valoren." sino que te recibes de ese soplo, de esa Presencia, de ese viento, de ese Dios»

JACQUELINE ROUILLARD

LA IMPORTANCIA DEL DESIERTO INTERIOR

Desde un punto de vista antropológico podemos hablar de tres inteligencias en el ser humano: la racional, la emocional y la espiritual. Pues bien, el silencio es el alimento de la Inteligencia Espiritual si queremos que esta se desvele en nosotros como desarrollo integral de nuestra persona. Normalmente permanecemos anclados en la Inteligencia Racional con nuestros análisis y juicios. Podemos dar un paso más con la Inteligencia Emocional generando empatía con todo lo que nos rodea. Pero la Inteligencia Espiritual solo se desarrollara en nosotros hacemos silencio, si descubriremos el sentido de la realidad y adquiriremos la sabiduría para conducirnos. De ahí la importancia del silencio. Y cuando decimo "hacer silencio" o "ir al desierto interior" estamos refiriéndonos a la misma realidad, ya que la imagen del desierto se asocia a un tiempo de soledad donde los apoyos cotidianos desaparecen enfrontándonos con nuestra propia realidad. El desierto nos fascina. Es el lugar por excelencia del despojo supremo. Es un lugar necesario para la construcción de la propia persona, espacio de purificación y de abandono, lugar de las pruebas. Según las enseñanzas bíblicas ir al desierto no significa desertar de nuestra época, sino camino de tránsito hacia la tierra prometida. Por eso los grandes espirituales de los primeros siglos de la Iglesia han reflexionado más sobre los "desiertos interiores" que sobre los desiertos geográficos. Entonces, es verdad que hay que pasar por el desierto, que también puede ser geográfico, pero especialmente es interior, hay que recogerse, hay que hacer silencio, para tomar conciencia de la Presencia Amorosa de Dios que nos llama y que nos da una vocación, una misión, para vivirla en nuestro propio Nazaret. En definitiva se trata de un encuentro con nuestro Maestro interior, el Espíritu de Jesús Resucitado.

¿Es necesario este silencio interior? En el silencio nos autodescubrimos, vemos con mayor claridad nuestra propia vida, lo que hacemos y lo que dejamos de hacer, la calidad de

nuestra existencia y lo que Dios y el prójimo espera de nosotros. El silencio condiciona el equilibrio de la existencia y su crecimiento. El silencio es como un pedagogo que nos enseña, en primer lugar a escuchar nuestra conciencia para conocernos mejor y poder así orientar nuestra vida; en segundo lugar, nos enseña a escuchar a los hermanos que nos enriquecen con su diversidad y así los vamos queriendo cada vez más, y, finalmente, en tercer lugar, a escuchar a Dios que nos habla en lo más profundo de nuestro ser para comunicarnos su propia vida y darnos una misión. Si nos fijamos podríamos cambiar la palabra desierto por la de silencio. Entonces podemos afirmar: "Tiempo de desierto igual a tiempo de silencio", es decir lugar donde se combate contra las fuerzas del mal que anidan en nuestro propio interior; lugar de la purificación, y lugar donde adentrarse en el misterio de Dios.

Si la palabra no es frívola es preciso que nazca en el silencio. El silencio no es un repliegue sobre sí mismo, sino el de la toma de conciencia de sí mismo. El corazón o la conciencia es el centro de la vida moral de la persona. Es el lugar donde se decide la voluntad de Dios. La conciencia es "un corazón palpitante" del que brotan las decisiones, los discernimientos, los juicios, etc. Todo silencio verdadero es una oración. El momento en que tomo conciencia de lo que quiero decir, eso no me pertenece, pero si soy responsable de lo que manifiesto. La palabra no me pertenece. Yo sólo soy o existo en tanto que participación en una palabra que no es mía, sino la de Dios. Por tanto, el momento del silencio es el momento del despojamiento de mis intereses personales, deseos y egoísmos, para tratar de expresar una palabra que es más yo que mi propio yo; una palabra que está en mí sin ser para mí. La oración y la acción son dos momentos indisociables. Todo es diálogo, todo es soledad. Diálogo porque mi centro no está en mí. Sólo hay diálogo si desde el principio del debate estoy convencido de que tengo algo que recibir del otro, si no, no vale la pena el diálogo. Dios llama y

nos habla en el silencio, en lo más profundo de nuestro ser, en el "Horeb del corazón" para generar en nosotros, como ha sucedido con todos los místicos, una confianza infinita y darnos una promesa de salvación en favor de nuestros hermanos.

Al hablar del "Horeb del corazón", lo hacemos en lenguaje simbólico, uniendo dos realidades. Por un lado Horeb significa lo árido, lo solitario y hace referencia al monte de Dios, llamado también Sinaí; por otro, el término corazón en el lenguaje bíblico significa la plena y sincera interioridad consciente de la persona humana. Se trata de la "personalidad interior" de cada uno, que las demás personas no ven, pero si Dios, que nos habita por dentro. Este camino de descenso a las profundidades de nuestro ser y salida al encuentro de nuestros hermanos es cíclico y a la vez progresivo, hasta que veamos a Dios "cara a cara". Por esto nos parece que no hay auténtica mística sin ética, ni ética verdadera sin mística, ni verdadera religión sin mística ni ética. Y todo esto lo vive la persona santa en el aquí y ahora del presente de Dios.

El desierto es el camino secreto de la fe pura y de la pura esperanza. La entrada en este sendero es la oración larga y silenciosa, humilde y perseverante. Es la oración de abandono que nos pone en las manos de Dios para ser instrumentos de su amor. Al desierto no se va a solucionar problemas, sino a luchar con la tentación, que nos ofrece riquezas y toda clase de seducción. La santidad es un proceso descendente hacia las profundidades de la humildad. Por eso, el auténtico proceso liberador nace del interior hacia el exterior, como fruto de la auténtica conversión.

Todos llevamos dentro un monje. Todos llevamos en las capas más profundas de nuestro ser una llamada a la soledad, al silencio, a la contemplación de las criaturas y al trato con el Creador con un corazón indiviso, es decir, todos llevamos un monje antropológico dentro, aunque después derive nuestra historia de mil formas distintas; pero incluso en

la vida matrimonial, si se desea la estabilidad de la pareja, se deberá tener en cuenta esta primera realidad configuradora del ser humano. En el interior de cada persona hay una alcoba interior. Todos tenemos dentro de nosotros una intimidad oscura, un cuarto cerrado, un lugar que ha sido creado para el amor, un paraíso interior. Pero la mayoría de los seres humanos no lo saben. Y por esto la mayoría tienen el interior vacío, sin amor. El ser humano, con la creación entera, ha sido creado para el amor. Y todo el tiempo que no emplee en ese amor, es tiempo perdido. Dios es ese sentimiento íntimo de soledad, y la conciencia de que existe un compañero, con el que todas las personas nacemos. Una presencia que está en lo más interior de nosotros mismos, en el ápice del alma. Llegar al Horeb del corazón es vivir en Dios. Sentir que Éste está entronizado en lo más profundo de nuestro ser, como un niño siente el afecto de su madre sin necesidad de ninguna demostración. La oración, si es auténtica, penetra en el ser humano totalmente. Veamos como describe esta experiencia el poeta libanés Khalil Gibran, cristiano católico de rito maronita, frente a las vanidades del mundo: «Es un despertar en las profundidades del corazón; es un poder abrumador y magnífico que desciende súbitamente sobre la conciencia del hombre y abre sus ojos, con lo cual ve la Vida en medio de una inquietante lluvia de brillante música, rodeada de un círculo de fuerte luz, con un hombre erguido como pilar de belleza entre la tierra y el firmamento. Es una llama que repentinamente se enfurece dentro del espíritu y seca y purifica el corazón, ascendiendo sobre la tierra y revoloteando en el amplio cielo. Es una bondad que envuelve el corazón del individuo y por la cual aturdiría y rechazaría a todos los que se le opusieran, y se rebelaría contra todos los que se rehusaron a entender su gran significado. Es una mano secreta que quitó el velo de mis ojos mientras yo era un miembro de la sociedad y vivía entre mi familia, mis amigos y mis compatriotas» \(\tag{Obra Completa.} \text{vol} \) III, Adiax (Argentina 1979) 207.

José Luis Vázquez Borau

LUCES EN LA CIUDAD

«Una persona puede ir a través de los campos y hacer su oración y conocer a Dios; o también puede estar en la iglesia y conocer a Dios; pues bien, si allí conoce mejor a Dios por encontrarse en un sitio más apacible, como suelen ser las iglesias, la causa es su debilidad, y no Dios, pues Dios se halla igualmente en todas las cosas en todo lugar y, en cuanto depende de Él, está dispuesto a darse igualmente. Así pues, conoce bien a Dios quien lo conoce igualmente en todas las situaciones».

Lo afirma nada menos que el Maestro Eckhart Cf. SILVIA BARA Y JULIÁN COS (Eds), Dios en ti, Eckhart, Tauler y Suson a través de sus textos (Salamanca 2017) 69] y su convicción es muy iluminadora para nosotros, habitantes de grandes ciudades, usuarios del transporte público, clientes esporádicos de ese café en el que recuperar fuerzas, transeúntes anónimos que esperan junto a otros que cambie un semáforo o comparten con ellos la proximidad incómoda deun ascensor. Ir y venir por la ciudad medio de «partos, medos, elamitas, habitantes Mesopotamia, Media y Capadocia...» es un pentecostal, una inmersión en esa humanidad variopinta de la y a la que estamos invitados a que formamos parte contemplar, como propone Ignacio de Loyola, con la mirada de la Trinidad: «Ver las personas, las unas y las otras; y primero las de la haz de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo... (...) Oír lo que hablan las personas sobre la haz de la tierra, es a saber, cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfeman, etc.; asimismo lo que dicen las personas divinas, es a saber: "Hagamos redención del género humano"» (EE 106).

Después de muchos años de ciudadana de a pie, la ciudad misma me ha ido revelando algunos secretos y recursos que quiero compartir aquí:

Esperar lo inesperado

Un día de hace años desde la ventanilla del autobús, veo a un amigo, sacerdote de El Prado, que espera en otra parada. Como es habitual en él, tiene abierto su pequeño Nuevo Testamento de siempre y lo lee bajo la fina lluvia que está cayendo, con una atención concentrada y tranquila. Otro día, haciendo cola en la estación para sacar un billete, reconozco sobre la mesa de la empleada que atiende un ejemplar diminuto e inconfundible de los Evangelios que reparten los Gedeones. En otra ocasión, sentada en el metro junto a otros tres pasajeros absortos en sus móviles, yo abro el mío y rezo vísperas.

De estas tres anécdotas, saco la conclusión de que hay que *esperar lo inesperado* y estar seguros de que la Palabra sigue circulando de riguroso incógnito por la ciudad, contactando con oyentes insospechados, susurrando a los oídos de muchos, acariciando más vidas de las que creemos. Y no nos viene mal preguntarnos ante gente que parece distraída en sus artilugios electrónicos: ¿están jugando a explotar bolitas de colores o aprendiéndose de memoria las bienaventuranzas...?

Tener detectado algún "lugar-refugio"

A veces me sobra tiempo entre dos citas, o entrevistas, o gestiones callejeras: si es verano, un parque puede ser un espacio adecuado para tomarse un respiro, ordenarse por dentro, volver a contactar con el propio corazón y con Aquel que lo habita. Pero en invierno, olvídate del parque, no busques iglesias porque suelen están cerradas y en los cafés vocifera la TV. Pero existen unos "lugares-refugio" llamados bibliotecas públicas y me he sacado gratis el carnet de tres que me pillan más o menos de camino en trayectos que frecuento. Si necesito pausa, entro, busco un rincón tranquilo y sigo las

rutinas que me ayudan a ir "de mi corazón a mis asuntos". También los bancos de los extremos de los andenes de metro pueden venir bien: te sientas con cara de estar esperando a alguien (¡y vaya si lo esperas!), y sólo con contemplar los rostros de la gente que baja y sube a los vagones con la mirada de Jesús, ya estás "on line" con él.

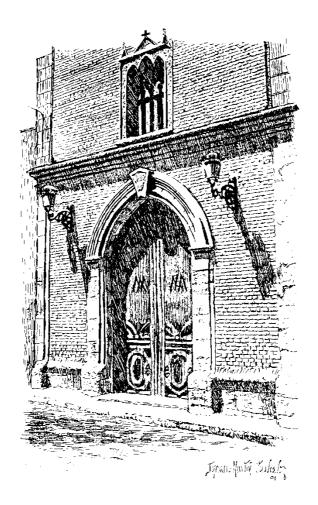
Asociarse con Jacob.

Porque él vio en sueños una escalera apoyada en la tierra por la que sube y baja la comunicación entre Dios y nosotros. Por eso nos viene bien asociarnos a su asombro y repetir con él: «Verdaderamente, el Señor estaba en este lugar (en esta calle, en este andén del metro, en esta cola del mercado...) y yo no lo sabía...» (Gen 28,16).

DOLORES ALEIXANDRE RSCJ

«Hay que atravesar el desierto y permanecer en él para recibir la gracia de Dios [...] Allí uno aparta de sí mismo todo lo que no es Dios [...] El alma necesita ese silencio, ese recogimiento, ese olvido de todo lo creado. [...] la conversación del alma con Dios en la fe, la esperanza y la caridad. Más tarde, el alma producirá frutos exactamente en la medida en que el hombre interior se habrá formado en ella. Si esa vida interior es nula, entonces no sirven de ayuda ni el celo, ni las buenas intenciones, [...] En la soledad, [...]Dios se da todo entero a quien se da también todo entero a él [G. GRESHAKE, Espiritualidad del desierto (Madrid 2018) 225, citado de D. BARRAT (ed.), Charles de Foucauld, Oeuvres spirituelles (Paris 1958) 765s.]

Ideas y Orientaciones



«Buscamos el desierto para:

- 1. Buscar en el silencio nuestro encuentro con Dios y con nosotros mismos.
- 2. Crecer en actitudes de abandono, despojamiento, confianza, fe.
- 3. Experimentar, quizás, la prueba, la tentación, el vacío.
- 4. Tomar mayor conciencia de que nuestra vida y nuestro mundo son un desierto por el que caminamos hacia la promesa.
- 5. Descansar en la soledad con nuestro Dios.
- 6. Ver a Jesús llamándonos en este desierto a formar un nuevo pueblo, dándonos la nueva Ley, haciendo con nosotros la nueva alianza, mostrándonos la acción amorosa de Dios en este desierto».

EMÉRITO DE BARIA, Meditación introductoria al desierto. Mes de Nazaret (Tarrés, agosto 2012).

CREER Y ORAR EN LA CIUDAD

Introducción

Breve clarificación del significado de los dos términos "creer" y "orar".

Importancia de la ciudad en la historia de la humanidad: el ser humano, un ciudadano. Dios y la ciudad: dificultades y oportunidades de la ciudad como medio para la vida religiosa.

Ser cristiano en la ciudad

¿Huir de la ciudad para orar?

Creer y orar en la ciudad:

Lados positivos de la vida en la ciudad y la cultura ciudadana para el ejercicio de la vida cristiana: Testimonios del papa Francisco.

Aprender a orar en la ciudad

Rehumanizar la vida ciudadana frecuentemente deshumanizada.

Comunidades fraternas en medio de la "muchedumbre solitaria" de la ciudad.

Abrir los ojos a las huellas del paso de Dios por la ciudad.

Algunos rasgos de una oración cristiana desde la ciudad

Creer y orar desde la cotidianidad vivida en la ciudad secular

Propuestas teóricas actuales de una "mística de la cotidianidad".

Maestros y grupos cristianos de una espiritualidad encarnada "en el espesor de lo real"; "en el corazón de las masas", "en las calles de un barrio obrero".

Algunas condiciones externas que faciliten el ejercicio de la fe y la oración en la ciudad

Creación de "espacios verdes" en la organización de la vida.

Disponer de materiales: la ayuda de las oraciones de los grandes orantes: algunos ejemplos.

Ser creyentes y orantes en la ciudad, medio por excelencia para la evangelización.

Introducción

"Creer y orar" constituyen dos momentos nucleares de la respuesta del ser humano a la Presencia del Misterio en el fondo de lo real y en el corazón de la persona. En el caso del cristianismo, son dos aspectos o dos pasos fundamentales en el conjunto de la vida cristiana. El título de mi colaboración invita a reflexionar sobre su realización en el medio, muy frecuentemente tenido por inhóspito, de la ciudad y, especialmente, de la gran ciudad.

Comenzaré por una breve clarificación del significado de los dos verbos de nuestro título. En relación con el primero: "creer", se inscribe en una forma de abordar el tratamiento de la fe que abandona su estudio desde la perspectiva de la teología de las virtudes, como un hábito que el sujeto adquiere o que Dios infunde en el alma y que el sujeto poseería, conservaría, y que podría perder; mientras "ser creyente" se refiere a una forma peculiar de la realización de la propia existencia por parte del creyente. Es bien sabido que "creer" puede referirse a tres actitudes diferentes según se "conjugue" bajo la forma de "creer que", "creer a" o "creer en", como observaba ya san Agustín.

"Creer que" remite a la aceptación de unas verdades que exceden el uso ordinario de la razón humana o, no excediéndolo, no son conocidas por quien las afirma con plena certeza. Remite pues a una forma débil de conocimiento que genera "creencias", en oposición a las afirmaciones de las que puede darse razón cierta. En alguna etapa de la teología esta forma de entender la fe ha prevalecido hasta el punto de definir la fe como "creer lo que no vimos", como decían los catecismos postridentinos y ha seguido diciendo la teología escolar hasta la primera mitad del siglo XX. Tal comprensión de la fe hacía de los artículos de la fe, o de "las verdades que Dios ha revelado y la santa Madre Iglesia enseña", el objeto de la fe. Realmente, resulta difícilmente comprensible que tal concepción de la fe haya prevalecido durante tan largo tiempo

cuando está expresamente descalificada en el Nuevo Testamento. Recordemos la Carta de Santiago: «¿Crees que Dios es uno?... También los demonios lo creen y se estremecen» (2, 19).

"Creer a" tiene ya como destinatario a una persona, a la que se concede cierto crédito, gracias al cual se acepta, se acoge lo que ella afirma o promete. Es una forma de fe que adoptamos en circunstancias normales hacia las personas con las que convivimos.

"Creer en" remite a una actitud referida a una persona, pero con un grado mucho mayor de implicación del sujeto del creer en la relación con ella. Decir a alguien: "creo en ti" es comunicarle que merece y tiene nuestra confianza.

Para saber qué significa "creer en" referido a Dios es indispensable tomar conciencia del contenido de la palabra "Dios", Misterio santo, esa Presencia de la más absoluta trascendencia en el fondo de lo real y en el interior de la persona; Presencia originante que nos precede como el "Misterio en el que vivimos nos movemos y existimos", revelado en Jesucristo como la autodonación del amor infinito del Padre: - «Mirad qué amor nos tiene el Padre...»; «tanto amó Dios al mundo...» -, en su «amor hasta el extremo» hacia los humanos para salvarlos. Creer en Dios es poner en él toda nuestra confianza, una expresión que solo puede aplicarse a Dios, porque solo en Él se puede confiar plenamente. Por eso el concilio Vaticano II, en el Decreto sobre la divina Revelación, describe la fe como «un acto de obediencia por el que el hombre se confía total y libremente a Dios».

Creer en Dios es hacer de Él el centro de la propia vida como sucede en ese momento decisivo del ser creyente que conocemos como "conversión". Ésta constituye un cambio de rumbo (*Epistrophê*) en la propia vida: de estar orientada hasta ese momento hacia sí mismo, el mundo o cualquier realidad mundana como centro de todo, a orientarse hacia Dios, su propio origen y fundamento, como su verdadero destino. En

ese reconocimiento se produce el encuentro decisivo con Dios. Un encuentro enteramente original por la condición única, absolutamente trascendente, de quien nos sale al encuentro, lo hace posible y lo provoca. Porque, no lo olvidemos, Dios no es objeto para el hombre. Ni de conocimiento, ni de deseo, ni de búsqueda, como han reconocido y expresado todos los que se han encontrado con él. Recordemos: «No me buscaríais si no me hubieseis encontrado...» (Pascal); «Fuiste tú quien me movió para que te buscase» (Imitación de Cristo). La condición divina de Dios impone al crevente el descentramiento total del yo y el reconocimiento de Dios como su propio centro. «Creer es expropiarse de sí mismo» (U. von Balthasar). El Evangelio lo dice de forma más sencilla: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; el que consienta perder su vida, la salvará». Solo esa salida de sí y ese descentramiento del sujeto hace aparecer a Dios en su verdadera condición divina como "lo único necesario", que reduce a la condición de "añadidura" hasta lo necesario para vivir. Qué signifique "creer en" referido a Dios está perfectamente expresado en la parábola de la perla preciosa, de tal valor que lleva a quien la encuentra a «vender todo lo que tiene, con alegría», por adquirirla. Eso explica que un converso como Carlos de Foucauld escribiera: «Desde que conocí a Dios supe que va no podría vivir más que para Él». Por eso el nombre de Dios para san Francisco es «mi todo», y santa Teresa cantará: «Quien a Dios tiene nada le falta. Solo dios basta»

Por eso la conversión es descrita también en la Escritura como *metanoia*, una transformación total de la propia vida, de la mente y el corazón, que supone para el creyente un "nuevo nacimiento". A ese cambio radical experimentado en la conversión se refieren todos los que han pasado por ella: «Yo fui conquistado por Él», dice san Pablo. Y a partir de ahí: «Es Cristo quien vive en mí»; «vivo de la fe en el Hijo de Dios».

Esta ligera alusión a la conversión como primer paso del ser creyente, que abre un itinerario interminable en la vida de quien lo inicia, explica que quienes han pasado por ella puedan vivir y crecer como creyentes en las situaciones y las circunstancias más difíciles; pero explica también que los creyentes precarios que tantas veces somos los que nos llamamos cristianos, pero que a veces lo somos solo por tradición, por herencia, por costumbre, sin haber pasado por una verdadera conversión, encontremos dificultades casi insuperables para vivir como creyentes, especialmente en circunstancias adversas como las que puede suponer la ciudad secular de nuestro tiempo.

Pasemos ahora al segundo término del título de nuestra exposición: "Orar". También la declaración de este término requiere de alguna reflexión si se quiere captar su verdadero sentido. Porque "orar" no consiste tan solo en la simple recitación de fórmulas con la que a veces se la confunde. Orar es "la puesta en ejercicio", tal vez la primera - porque el creyente no lo es realmente hasta que no "rompe a orar" -, de la actitud crevente. Santo Tomás definió la oración como "religionis actus" – fidei actus, en el cristianismo -, expresión que solo cobró su verdadero sentido cuando se entendió actus en el sentido de actualización, de realización efectiva, de puesta en ejercicio, de la actitud teologal, es decir del ser crevente. Por eso se ha dicho con toda razón que orar es para el creyente como respirar para el ser humano; que «orar para el creyente no es una obligación, sino una necesidad; y que no orar para él no es un pecado, sino un castigo» (E. Wiesel), o, mejor, una desgracia.

Entendidos en esta línea los dos términos de nuestro título, intentemos mostrar que es posible "creer y orar en la ciudad", y cómo hacer realidad esa posibilidad vista por algunos como problemática.

Comencemos por anotar que existen prejuicios fuertemente arraigados sobre la dificultad que supone la ciudad para la realización de la vida religiosa en la sociedad y la cultura que impera en las grandes ciudades de la actualidad. Pero para poder evaluar esos prejuicios y, en su caso,

superarlos, creemos indispensable referirnos primero a la importancia de la ciudad en el proceso evolutivo de la humanidad y a su influencia decisiva en la realización de la condición humana a lo largo de la historia; y proponer después algunas consideraciones, tomadas de la historia y la experiencia religiosas, sobre "Dios y la ciudad".

El ser humano, un ciudadano

La ciudad es mucho más que un lugar donde habitar. Es el resultado del esfuerzo del hombre por dominar el mundo en el que vive y convertirlo en humano. Por eso, poner unos terrenos en disposición de ser habitados por el hombre, hacerlos habitables, se llama urbanizarlos, derivado de urbs, que es la ciudad en su aspecto material de conjunto ordenado de edificios e infraestructuras que convierten un espacio en lugar donde los humanos pueden habitar. Por eso, el conjunto del proceso de dominio de la naturaleza por el hombre se llama "civilización", derivado de civis/civitas, que son el ciudadano y la ciudad como forma de vida. La ciudad es, además, el resultado de la reunión de las personas, el fruto maduro de la vida en común de los humanos. Por eso, la ciudad es, a lo largo de la historia, el símbolo del progreso del hombre, el lugar que le permite la mejor realización de su vida. Es la casa por excelencia de la humanidad; el lugar donde habitan los hombres, el espacio en el que discurren sus vidas, sus relaciones, sus proyectos, empresas y tareas. Por eso, la ciudad se ha convertido en uno de los símbolos para la condición humana, la humanidad en su conjunto y su historia, como cuando hablamos de "la ciudad terrena" o de "la ciudad secular".

Como sucede en tantos otros aspectos, nuestro tiempo representa una cima en el proceso hacia la urbanización de la tierra y la civilización de la vida humana que atraviesa toda la historia. Como muestra y como símbolo de ello, ya la mayor parte de los humanos habitamos en ciudades y hace ya bastantes años se previó, que dentro de poco el ochenta por ciento de la población del mundo habitará en grandes ciudades.

¿Qué tiene la ciudad para atraer hacia sí la inmensa mayoría de las personas? Independientemente de condiciones infraestructurales de la aglomeración en entorno de las industrias y de los centros de trabajo, las gentes buscan en la ciudad mejores condiciones de vida, mayores posibilidades de movilidad social y de mejora de posición, recursos más numerosos y variados para la cultura, el disfrute del ocio y la diversión, una nueva forma de relaciones sociales más numerosas y más variadas, la posibilidad de una conducta más liberal y menos regida por la presión social y la tradición. Pero, como sucede también en otros aspectos de la vida del hombre moderno, lo que ha constituido un logro se torna a veces un peligro y una amenaza para su autor. Así, el crecimiento rapidísimo y desmesurado de las grandes ciudades y la falta de planificación en su constitución, etc. han originado ciudades en las que la vida se hace particularmente difícil por la densidad extrema y la aglomeración de la población, las dificultades para la comunicación en todos los sentidos, la contaminación del medio ambiente y una larga serie de circunstancias que hacen calificar a las ciudades de inhumanas. Las ciudades actuales, ha escrito algún sociólogo (Zigmunt Bauman), son "lugares repletos de desconocidos que conviven en estrecha proximidad". Eso explica que, invirtiendo los términos de la historia en la que la ciudad venía oponiéndose al desierto, como el lugar donde se podía habitar, se comience hoy a hablar del desierto que constituiría para la mayoría de sus habitantes la gran ciudad.

Como puede verse, la ciudad se está convirtiendo para el hombre en una realidad ambivalente que atrae casi irresistiblemente a las masas de sus habitantes, pero después, casi irremediablemente, decepciona a muchos de ellos, que cultivan en su interior el recuerdo de la situación anterior que la nostalgia idealiza y tiñe de rasgos idílicos. De ahí que la vida en las grandes ciudades vaya generando, para las clases

acomodadas, la segunda residencia, frecuentemente lejos de la ciudad en que se habita, o la casa en el pueblo para los habitantes de los barrios populares que vuelven a ellos para disfrutar de sus vacaciones. De ahí, las evasiones de los fines de semana y los viajes de turismo, como elementos indispensables para dar respuesta a esa nostalgia y hacer así soportable la vida en la ciudad. De ahí también que, en la actualidad, reaparezca y se convierta en lugar común el tópico literario del rechazo de la ciudad y el elogio de la vida sosegada del campo: ¡Cuántas personas se identifican hoy día con los versos de Fray Luis de León: «¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido / y sigue la escondida senda por do han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido...!». Como resumen de esta visión negativa de la ciudad para el desarrollo en ella de una vida sanamente humana y, sobre todo, para el ejercicio en ella de la vida religiosa, se ha recordado que "antes la seguridad era una de las motivaciones para construir las ciudades y vivir en ellas, mientras ahora no faltan los que ven en ella el símbolo del caos y de nuevas formas de barbarie". En este contexto general, ¿cómo aparece en la historia la relación entre Dios y la ciudad?

Dios y la ciudad

En la conciencia de muchos contemporáneos existe la convicción muy arraigada de que la ciudad no es el medio más adecuado para el ejercicio de la vida religiosa. En ello han influido, sin duda, muchos factores: el hecho de que la mayor parte de las manifestaciones de Dios que describe la Biblia han tenido lugar en el desierto, en el monte, en medio de la tormenta, en el susurro de una brisa suave; la conexión de la primera ciudad con Caín, el asesino de Abel, su hermano (Gn 4, 17-24); el episodio de Babel, la ciudad con una torre cuya cima llegase hasta el cielo, y el lugar donde Yahvé desciende para sembrar la confusión de lenguas entre los hombres; y, más generalmente, el que la ciudad haya pasado a ser el símbolo del progreso, la industria, el poder y la gloria del

hombre, que éste ha conseguido en muchas ocasiones a costa del reconocimiento del poder y de la gloria de Dios.

En el mismo sentido ha actuado entre los cristianos el hecho de que en el lenguaje del Evangelio resuenen constantemente los ecos de la vida de Jesús en los campos y junto al Lago de Galilea, y que en Jerusalén tuviese lugar el enfrentamiento de Jesús con sus enemigos y allí se consumase su pasión y su muerte en la cruz. Probablemente, en la actualidad, vengan a añadirse a todos estos factores el malestar provoca entre nuestros contemporáneos deshumanización de las grandes ciudades y la inadaptación a la vida de la ciudad de las estructuras de la Iglesia, nacidas muchas de ellas, como la parroquia, en el seno de una cultura rural. Es un hecho que las migraciones del campo a la ciudad han llevado en muchos casos al abandono de las prácticas religiosas de los emigrantes.

Por eso el ideal de la vida cristiana ha sido encarnado durante mucho tiempo por los anacoretas y los monjes y la búsqueda de la perfección se ha orientado a la huida del mundo, a la salida de la ciudad hacia el desierto, y a la búsqueda de la soledad.

A pesar de todo ello, la verdad es que la historia no justifica esta visión religiosamente negativa de la ciudad. Antes de significar confusión, Babel significa "puerta de Dios", y la historia del pueblo de Dios tiene su origen y su símbolo central en la liberación de la esclavitud y la conducción por Dios a través del desierto a la tierra habitada, a la ciudad. A pesar de Jer 2, 2, donde el Señor reprocha a su pueblo: «Recuerdo tu amor de juventud, tu cariño de joven esposa, cuando me seguías por el desierto...», y de Os 2, 14-20: «la llevaré al desierto y le hablaré al corazón», no puede decirse que el Antiguo Testamento contenga el rechazo sistemático de la ciudad como lugar donde el pueblo viviera su relación con Dios. Porque uno de los símbolos bíblicos de la situación ideal de los humanos es la ciudad ideal, la nueva Jerusalén, que es

presentada como "el corazón de la esperanza Bíblica". De hecho, la ciudad aparece como la suma de la habitabilidad, la posibilidad de la relación entre los dispersos y la mejor defensa del hombre contra los peligros del "descampado", donde viven las alimañas. Por eso la ciudad es también percibida como el monumento de lo que el hombre es capaz de hacer, y de su perfección. Por eso la ciudad aparece también religiosamente hablando como adelanto y símbolo, como se dice en la Biblia, de la ciudad de Jerusalén, de la Jerusalén celeste, la definitiva ciudad de Dios.

Por otra parte, si en el Evangelio resuenan los ecos de la vida en el campo, es en Jerusalén donde tiene lugar Pentecostés, porque allí tenía que iniciarse la reunión del nuevo pueblo de Dios. Y si atendemos a la primera extensión del Evangelio, ésta se produjo, sobre todo a partir de las ciudades del Imperio, como un movimiento ciudadano. De hecho, la actividad del Apóstol de los gentiles se desarrolló casi exclusivamente por las ciudades del Mediterráneo, hasta el punto de que ha podido ser llamado «San Pablo de las ciudades», y que, una vez que el cristianismo se impuso en el Imperio, los cristianos van a llamar a los fieles de las religiones antiguas «paganos» - de "pago", aldea, pueblo pequeño - es decir, «gente del campo».

Ser cristiano en la ciudad

¿Se puede, pues, ser cristiano en el medio inhóspito que constituye la gran urbe de nuestros días, en el clima religiosamente enrarecido que constituye la ciudad secular? Es posible que las circunstancias de las macro-ciudades actuales con sus enormes dificultades para una vida humanizada, y que las condiciones de la secularización avanzada que caracterizan a las sociedades urbanas actuales estén haciendo percibir más vivamente las dificultades que comporta la ciudad para el desarrollo de la vida cristiana. Pero no debemos olvidar que de ciudades como Antioquía, aun siendo incomparablemente más pequeñas que las grandes ciudades de la actualidad, se ha

podido decir que tenían una gran densidad de población, que en las ciudades antiguas no había mucho lugar para la vida privada y la soledad. Y, sin embargo, fue en esas ciudades donde nació el cristianismo, y fue a través de las redes de comunicación creadas por las comunidades nacidas en ellas, como el cristianismo se extendió por todo el Imperio.

En realidad, se puede afirmar que la pregunta que nos hacemos nosotros: ¿Se puede ser cristiano en la ciudad?, se la han hecho desde siempre los cristianos, refiriéndose al mundo en el que vivían, del que la gran ciudad sería la condensación y el prototipo. Y es probable que la respuesta que los cristianos de otros tiempos han dado a esta pregunta, nos ayude a responder a ella en nuestras circunstancias.

¿Puede el cristiano vivir como cristiano en la ciudad? La respuesta de los cristianos a lo largo de los siglos se mueve entre los extremos de una paradoja que siempre ha resultado difícil mantener unidos. La paradoja está perfectamente explicada en la "Carta a Diogneto", uno de los escritos de los Padres Apostólicos: «Aunque son residentes en sus propios lugares —dice de los cristianos—, su conducta es más bien la extranjeros; toman parte por completo como ciudadanos, pero se someten a todo y a todos como si fueran extranjeros. Para ellos, cualquier país extranjero es su patria y cualquier patria es un país extranjero» (5, 4). La dificultad para mantener esta tensión llevará a veces a los cristianos a romper con el mundo, a huir de la ciudad como única forma de salvar su vida cristiana, de preservar su identidad; otras, en cambio, los conducirá a una adaptación tan perfecta al mundo que les hace confundir la ciudad o el imperio con la realización del Reino de Dios. Pero constantemente son llamados por el Espíritu a caminar hacia la ciudad de Dios, encaminando de la mejor manera la ciudad humana hacia el ideal de la ciudad de Dios. Es decir, que somos llamados a ser cristianos viviendo en la ciudad y transformándola desde la inspiración del Espíritu en la dirección del Reino de Dios. La vocación cristiana nos urge, pues, a vivir como cristianos en la ciudad, sabiendo que ésta nunca será la encarnación perfecta de la ciudad de Dios, que sólo llegará al final de los tiempos. Por eso siempre tendremos algo de peregrinos y extranjeros. Pero nos urge igualmente a vivir el cristianismo en medio de ella y colaborar con todos en su progreso verdadero, con la esperanza de que ese progreso acelerará el momento de la aparición de la ciudad de Dios.

Para quienes sienten la tentación de escapar de la ciudad como única forma de ser cristianos, escribió San Juan Crisóstomo que «quien vive en la ciudad debe imitar el desprendimiento de los monjes»; que quien tiene mujer y está ocupado con una casa puede orar y ayunar y aprender la compunción... y que la negación de sí que es practicada en los desiertos debemos llevarla a nuestras ciudades (Hom. 55). Porque, aunque uno pueda dirigir la nave de su vida al puerto tranquilo del monasterio, la verdadera prueba tiene lugar cuando la nave penetra en el mar proceloso de la ciudad terrena (Hom. 31). Para quienes sienten la tentación de adaptarse al mundo y disolver su identidad cristiana en la vida mundana de la ciudad había escrito antes San Pablo: «Nuestra ciudad está en los cielos de donde esperamos a nuestro Salvador...» (Fil 3, 20); y la primera Carta de Pedro: «Os exhorto como a extranjeros y peregrinos...» (2, 11). Y como resumen de la paradoja nos había exhortado antes el Señor «a estar en el mundo sin ser del mundo» y, consciente de las dificultades de la empresa, había pedido al Padre para sus discípulos: «no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal» (Jn 17, 15).

En este marco general de la vida cristiana de un hombre que por su condición está llamado a realizarse como ciudadano, nos preguntamos por la posibilidad de creer y orar en la ciudad y por las condiciones indispensables para que esa posibilidad se convierta en realidad. Desde ese marco, ofreceremos algunas pistas para descubrir en los desafíos de la gran ciudad para la vida cristiana, "uno de los lugares desde los que Dios nos está llamando", y dar con las formas de realización de la vida y la oración cristianas capaces de sobrevivir a las condiciones adversas que les impone la vida en la ciudad.

Es cierto que la ciudad, y sobre todo la gran ciudad, tiene fama de ser un lugar particularmente poco propicio para el desarrollo de la vida interior y, más concretamente, de la oración. Es verdad que en ella se dan reunidas las condiciones contrarias a las que parece exigir el cultivo de la oración: el ruido permanente, el asedio continuo de todo tipo de mensajes que reclaman la atención; las grandes distancias y las dificultades de traslado, con su secuela inevitable de prisas y tensiones; la masificación y el anonimato —se ha llamado con razón a la gran ciudad la muchedumbre solitaria— que dificultan al mismo tiempo la soledad y las relaciones interpersonales, y favorecen en cambio las tensiones que fácilmente degeneran en violencia. ¡Qué lejos parecen quedar en la gran ciudad, qué difíciles resultan en ella el silencio, el sosiego, el recogimiento, la paz indispensables para el nacimiento y el desarrollo de esa actitud contemplativa que nos parece requiere el ejercicio de la oración! "No podemos ignorar", se añade, seguramente con razón en nuestros días, que "en las ciudades fácilmente se desarrollan el tráfico de drogas y de personas, el abuso y la explotación de menores, el abandono de ancianos y enfermos y las más variadas formas de corrupción y crímenes, y que lo que podría ser un precioso encuentro v solidaridad, de espacio se frecuentemente en lugar para la huida y la desconfianza mutua".

¿Huir de la ciudad para orar?

Por eso no es extraño que cada fin de semana, cada resquicio que dejan los días de trabajo, los monasterios próximos y menos próximos a una ciudad, las casas de retiro, las casas de oración, que felizmente se han multiplicado en sus alrededores en los últimos años, acojan a grupos de personas y a personas aisladas, prófugos de la ciudad, que buscan en ellas asilo espiritual y mejores condiciones para la oración.

La verdad es que este pequeño éxodo, que se repite con ocasión de cada fiesta, se comprende sin dificultad. A él empujan a quienes lo emprenden razones de salud: búsqueda de aire puro que tanto necesitan los que padecen toda la semana un medio contaminado: la necesidad de silencio. sosiego y descanso que permita relajar las tensiones creadas por la preocupación y la prisa; la búsqueda de la soledad y, en muchos casos, una necesidad genuinamente religiosa que no encuentra modo de satisfacerse en la forma de vida que impone la gran ciudad. Tal éxodo, además, se justifica. Lo justifican los resultados que experimentan las personas que lo emprenden. Apenas han deshecho el ligero equipaje y se han instalado en la pequeña celda o han dado su primer paseo por el campo, se sienten otros: rostro distendido, respiración profunda, mirada contemplativa, disposición para la escucha y el diálogo, y una actitud de la que fluye casi naturalmente esa oración que todo parece dificultar en la vida de la ciudad. Parece también justificarlo el ejemplo del Señor que, después de jornadas agobiantes de predicación y de servicio, aparece en el Evangelio «retirándose a un lugar apartado para orar» (Mc 1, 35).

Pero, explicándose la salida más o menos frecuente de la ciudad de no pocos cristianos para orar, la solución al problema de la oración para los cristianos que vivimos en una ciudad, no puede estar exclusivamente en la salida periódica de la ciudad. En primer lugar, porque no todos los cristianos que viven en ella tienen esta posibilidad en su mano y a todos en cambio se nos ha dado ese precepto —que no es otra cosa que el recuerdo y la expresión de una necesidad vital— de orar y de orar siempre (Lc 18, 1; 1 Tes 5, 17). ¿Cómo podrían orar los padres de familia que no pueden dejar a sus hijos de corta edad ni llevarlos consigo a esos lugares de retiro? ¿Cómo podría orar esa inmensa mayoría de cristianos sin los recursos económicos necesarios para el pequeño lujo de una salida periódica a esos oasis espirituales que las congregaciones religiosas y las diócesis han ido estableciendo junto a los

desiertos de las ciudades? La solución no puede estar ahí, además, porque esto supondría que la mayor parte de la vida, la vida diaria que es la que más lo necesita, se vería privada del recurso indispensable de la oración.

Por eso, la respuesta a la dificultad que las ciudades suponen para la vida cristiana y la oración de quienes vivimos en ellas está más bien en aprender a orar en la ciudad. Porque es posible que la ciudad sea una forma moderna de desierto, es decir, de suma de las condiciones en las que no se puede vivir; pero también en el desierto se da al profeta el pan y el agua que necesita para hacer su travesía, camino del monte Horeb (1 Rey 19, 6); también el desierto es para el Abraham el lugar de la visita de Dios (Gn 18, 1-16: aparición de Dios a Abraham junto al encinar de Mambré); de su teofanía y alianza junto al Sinaí (Ex 19, 16), del encuentro con El y de la visita de sus ángeles, como narra el relato de las tentaciones de Jesús (Mt 4, 11).

Creer y orar en la ciudad

El papa Francisco, sin dejar de referirse a los lados oscuros de nuestras ciudades, nos invita en Laudato si', (nn. 71-75), a reconocer la ciudad «desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en su plazas». «Dios, escribe expresamente, vive en la ciudad». La Presencia de Dios, a la que responde la actitud creyente, «acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo v sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia». Recordemos la expresión de un autor francés que pasaba por no creyente: «No busques a Dios en ningún lugar que no sea todas partes», ni, podríamos añadir, en ningún momento que no sea todos los tiempos. «¡Señor, Dios mío!, exclamaba san Juan de la Cruz para los que se quejaban de la ausencia de Dios, no eres tu extraño a quien no se extraña contigo; ¿cómo dicen que te extrañas tú?». De ahí

que la presencia de Dios sea universal y permanente y que la relación con él pueda ser vivida en todas las circunstancias. Puede, eso sí, suceder que determinadas circunstancias o situaciones de las personas faciliten o dificulten la toma de conciencia de esa Presencia. Madeleine Delbrêl, una de las más grandes místicas de nuestro tiempo según el cardenal Martini, se quejaba ante Dios: «Dios mío, si tú estás en todas partes, ¿cómo es que yo estoy siempre en otro lugar?» Pero justamente su vida es el testimonio más convincente de que se puede encontrar a Dios y responder a su Presencia en un barrio obrero de París como Ivry, prototipo de lo que tendríamos por una ciudad secularizada de nuestro tiempo. «Nosotros, hombres de la calle, escribe esta modelo de cristiana en la gran ciudad, creemos con todas nuestras fuerzas que esta calle, ese mundo en el que Dios nos ha puesto es para nosotras el lugar de nuestra santidad"..."Creemos que nada necesario nos falta, porque si eso necesario nos faltase, Dios ya nos lo habría dado»

Porque, volviendo al texto del papa Francisco: «Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero». Y «su presencia no debe ser fabricada, sino descubierta, desvelada" por la mirada de una persona atenta a los incontables indicios que deja en la persona y la vida de los humanos. Por más secularizada que aparezca, "una cultura inédita late y se desvela en la ciudad». Y el problema para los creyentes que viven en ella será ahondar suficientemente la propia mirada para llegar a ese fondo último en el que habita el Dios que, sin dejar de ser Misterio, «más elevado que lo más elevado de nosotros mismos», es a la vez «más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad» (San Agustín).

En cuanto a "orar", si por orar entendemos, no la simple recitación de rezos o tomar parte en actos de culto, sino ejercer el centro de la vida cristiana, la relación teologal, poner en práctica la fe, la esperanza y el amor, encarnándolas en pensamientos, palabras, gestos y silencios que desgranen, al ritmo de las horas en las difíciles circunstancias de la vida en la ciudad, la toma de conciencia, la aceptación agradecida, el reconocimiento maravillado de esa Presencia amorosa que origina nuestra existencia y desde la cual discurre la corriente de nuestra vida; si por orar entendemos, pues, no un acto más de la vida cristiana, sino la puesta en ejercicio, la actualización de la actitud creyente de la que surge, en seguida percibiremos que esa actitud transforma de tal manera la mente, el corazón y la persona toda del creyente que le hace capaz de "perforar" la capa de cemento que parece constituir la vida en la ciudad y hacer aflorar en ella el manantial del agua de la vida de Dios que nada en el mundo puede cegar.

Así, pues, el problema del ser cristiano en la ciudad parece consistir, sobre todo, en aprender a realizar el ser creyente, a orar, a vivir la vida cristiana, en la ciudad. Porque el secreto de la perduración de la vida religiosa, a lo largo de toda la historia de la humanidad, y de la pervivencia del cristianismo a lo largo de veinte siglos, está en que los hombres religiosos y los cristianos han encontrado siempre la forma de encarnar su actitud creyente en formas de oración y de vida que correspondían a las diferentes situaciones por las que les ha hecho pasar la historia. Y hoy, cuando la población del mundo tiende a agruparse en grandes aglomeraciones urbanas, los creyentes y los cristianos estamos llamados a descubrir nuevas formas de oración y de vida cristiana que correspondan a las circunstancias aparentemente menos fáciles de la vida en la ciudad moderna. Se trata, pues, de aprender a orar en la ciudad. Y de hecho, ya son numerosas las personas y las comunidades que van encontrando esas formas que constituyen pequeños oasis orantes en el desierto de la ciudad. Con el apoyo en sus experiencias me referiré a algunos medios que forman parte de ese aprendizaje.

Rehumanizar la deshumanizada vida ciudadana

La dificultad mayor radica ahí. En la deshumanización de la vida en la ciudad. ¿Cómo va a orar una persona, que no "ejerce" su ser personal más profundo, que parece verse

forzada por las circunstancias a vivir instalada en la superficialidad, que parece verse condenada a no poder encontrarse de forma verdaderamente personal con nadie, que no tiene tiempo para reflexionar y tomar conciencia de sí mismo y de su vida? Pero esa forma de vida en la ciudad no es un destino que se imponga por necesidad a las personas. Ni tenemos que esperar a que cambien las estructuras de la ciudad, aunque sería sumamente conveniente que esas estructuras se humanizasen, para comenzar a humanizar las ciudades.

En esa "muchedumbre solitaria", los creyentes podemos ir introduciendo el fermento de unas relaciones humanas abiertas, comunicativas, participativas y hasta fraternales que ayuden a grupos cada vez más numerosos y más amplios a romper con el cerco del anonimato, la masificación, la incomunicación y la soledad. En el imperio del ruido, el activismo y la evasión que aturde a las personas y les impide ser ellas mismas, los creyentes podemos ir abriendo espacios para el silencio, el recogimiento y la reflexión. Porque lo decisivo no es el ruido exterior, sino la incapacidad interior para el silencio, la ansiedad permanente por lo que pueda ocurrir, la avidez de lo externo: cosas, bienes, novedades, noticias. Y basta el cultivo de la serenidad, el sosiego interior, el desprendimiento, en una persona o una comunidad, para que en medio de una selva de ruidos aparezca un claro que invita a la tranquilidad, que transparenta orden, que crea silencio en el que afloren las preguntas últimas, renazcan los deseos más profundos, se produzca la apertura a los demás; es decir, surjan esos presupuestos existenciales indispensables para el ejercicio del ser creyente del que nazcan el reconocimiento de la trascendencia y el descubrimiento de la Presencia, de los que broten la actitud orante y los gestos, las palabras y los silencios en los que se encarne.

En la jungla de la competitividad, lucha por la supervivencia, búsqueda de la eficacia, disputa de los pequeños lugares al sol para mí y para los míos, que es frecuentemente la gran ciudad, los creyentes estamos llamados por nuestra condición de creyentes a ir haciendo presentes otras actitudes y otras conductas como el respeto, la colaboración, la ayuda mutua, la solidaridad, que poco a poco vayan creando grupos de personas que instauren una civilización de la paz, la fraternidad, el compartir, en medio de esa civilización que parece empeñarse en reducirse a ser civilización del "bienestar".

Se trata, en una palabra, de trabajar por retejer el deteriorado tejido humano y social de la vida ciudadana como condición previa en la que tenemos que empeñarnos los creventes para poder serlo v comenzar a orar en la ciudad. Y para que esto no se quede en piadoso deseo, en nostalgia estéril o en utopía vana, las personas y los grupos tenemos que comenzar por establecer cauces concretos, medios precisos que pasan por la distribución de nuestro tiempo, la ordenación de nuestras agendas, la organización de la vida de nuestras comunidades, de manera que el deseo de silencio, el propósito de comunicación, la voluntad de compartir, la aspiración a la fraternidad se traduzcan en ratos de gratuidad, en espacios concretos para la soledad, en cauces para la comunicación interpersonal, en iniciativas que permitan un compartir realista. Felizmente no faltan personas que lo han conseguido y han dejado testimonios de ello. M. Delbrêl, que vivió en un suburbio de Paris, «marxista y tierra de misión» como escribe en uno de sus libros, tiene escritas unas páginas hermosas sobre «el silencio en la ciudad», en las que desgrana las condiciones para que las horas aparentemente llenas de ruidos y prisas se vean invadidas por el silencio y la soledad en los que surja la Presencia que nos habita y la posibilidad y hasta la necesidad de responder a ella.

Comunidades fraternas en medio de la muchedumbre solitaria de la ciudad

Eso es lo que se produjo con el nacimiento del cristianismo. Así parece que se produjo su extensión en los

primeros siglos y así está llamado a sobrevivir y extenderse en medio de la ciudad secular. Cuando San Pablo habla de la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto, o cuando el autor del Apocalipsis escribe a las siete Iglesias que están en Asia, se refieren a grupos más bien pequeños de personas que han escuchado el Evangelio de Jesucristo, han aceptado la buena nueva inimaginable para ellos de que Dios los ama personalmente -«la mayor revolución de la historia religiosa de la humanidad» (Festugière)- y han visto inundarse sus vidas de una alegría que no podían ni sospechar. Ha sucedido que, habiendo escuchado el Evangelio de Jesucristo, el Evangelio que es Jesucristo, se han encontrado con él, se esfuerzan por vivir en su seguimiento y lo celebran, reuniéndose en la casa de una de las familias para la escucha de la palabra, la acción de gracias al Padre con cantos e himnos inspirados y compartir la fracción del pan.

Tenemos que convencernos de que ése es un hecho que nada impide que se reproduzca en el contexto de nuestras ciudades y que permitirá a los cristianos sobrevivir y extenderse en medio de la ciudad secular. En efecto, en las parroquias de nuestras ciudades nos pasamos el día lamentándonos de los que no se casan por la Iglesia; de los padres que no bautizan a sus hijos y de los muchos bautizados que no acuden a ellas; pero no prestamos suficiente atención a hacer de los que nos reunimos en ellas comunidades reales, fraternidades de discípulos entre los que sean realidad las relaciones de igualdad, de amor mutuo, de ayuda y de corrección fraterna que el Evangelio propone para los discípulos de Jesús. Porque es muy probable que los cristianos no podamos transformar las estructuras y las formas de vida de una gran ciudad. Pero bastaría que adoptásemos la nueva forma de ser, de vivir y de relacionarnos entre nosotros y con nuestros vecinos descrita en el Nuevo Testamento y realizado en las primeras comunidades cristianas, para que -si no nos aislamos de nuestra ciudad por miedo o por orgullo constituyamos una llamada para ella hacia una forma de ser

nueva, que puede aparecer como alternativa a tantas formas de ser y de vivir decepcionantes como se padecen en el seno de una gran ciudad.

La creación de este pequeño espacio comunitario, en el que, desde una vida cristiana compartida, se pueda vivir humanamente, es la mejor ayuda para que, en el clima cristianamente inhóspito de una gran ciudad, los cristianos podamos orar. Porque para asistir al culto pasivamente y con la conciencia de cumplir una obligación, no hace falta más que reunirse materialmente de vez en cuando en el templo. Pero difícilmente podemos decir con verdad «Padre nuestro», como requiere la fórmula por excelencia de la oración cristiana, si entre los que oramos con esas palabras no se dan relaciones verdaderas de fraternidad. E, inversamente, la reunión periódica para la oración en común puede resultar uno de los medios más eficaces en el camino nada fácil de la constitución de una comunidad cristiana. Porque el lazo de unión por excelencia de la comunidad cristiana es la fe, la esperanza y el amor común de sus miembros, y la relación teologal se fortalece cuando, nacida en el corazón, aflora en nuestra vida en forma de actitudes, gestos y palabras, sobre todo en la expresión unánime de la oración en común. Para descubrir la relación estrecha entre actitud teologal y oración conviene recordar como hacía Kierkegaard que, «si la oración es hija de la fe, porque es su puesta en ejercicio, hay ocasiones en que las hijas tienen que alimentar a sus madres». Por eso la fe puede ser objeto de la oración, como cuando pedimos: «Señor, yo creo, pero aumenta mi fe». En todo caso, para orar en la ciudad se requiere, además, mirar hacia fuera de la comunidad cristiana y saber vivir cristianamente en medio de la ciudad.

Abrir los ojos a las huellas del paso de Dios por la ciudad

Verdaderamente Dios está en todas partes. Pero sobre todo en el hombre y en las obras del hombre. Por eso, "si crees que Dios vive contigo, donde quiera que vivas tienes el lugar

para orar". Y la ciudad es antes que nada esto: obra del hombre. Que como todas refleja su grandeza y su miseria, su gracia y su pecado. Tal vez una de las tareas más urgentes de nuestra generación de creyentes sea auscultar los signos de Dios, los "rumores de trascendencia" de nuestra civilización burocrática urbana. científico-técnica. y Unos suficientemente ahondados por la fe y suficientemente tranquilos para mirar con atención y para contemplar, descubrirán destellos de la gloria de Dios, de su bondad y de su belleza en esta gran obra humana que es la ciudad. Con sus grandes riquezas culturales, con sus prodigios técnicos, con sus ingeniosas soluciones a los complejos problemas que plantea una gran aglomeración. También con esas carencias, esos defectos, esos fracasos éticos, esas injusticias a las que nos hemos referido. Con todas esas deficiencias que rebajan el orgullo del hombre, porque le muestran su natural finitud, y, lo que es peor, su pecado.

Porque son sobre todo los hombres los que más claramente reflejan en la ciudad el rostro de Dios. Y en ella, los que más padecen sus problemas: los pobres, los ancianos, los débiles de toda condición, los marginados, los desesperados. Los creyentes de hoy admiramos con razón y seguimos rezando los salmos, el Cántico de las criaturas de San Francisco, el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Y la ciudad en la que vivimos nos está invitando a añadir nuevas estrofas a esos cánticos espléndidos. El autor del Cántico de las criaturas que bendice a Dios en todas y con todas ellas, en realidad se encontró definitivamente con Dios en su abrazo con el leproso. Y a nosotros la situación de la ciudad nos está invitando a descubrir a Dios y alabarlo en y con el hermano alcohólico y el drogadicto que se ven atrapados en algo que en el fondo no quieren; en y con la hermana prostituta que está suspirando por otra forma de vida; en y con el hombre anciano solo en su buhardilla o que comparte su soledad en la residencia de ancianos; en y con los hermanos enfermos crónicos y minusválidos en sus casas o en las grandes ciudades

sanitarias; en y con los hermanos sin trabajo; y el extranjero, el inmigrante y el refugiado forzado a vivir entre nosotros sin siquiera señales de identidad; en y con el desarraigado, el preso, el delincuente. Y en y con tantos otros hermanos, vecinos de casa o de barrio, hartos de tristeza y soledad.

Realmente quien cree en el Evangelio de Jesucristo: «Cuanto hicisteis a uno de estos pequeños me lo hicisteis a mí» (Mt 25, 40); «tuve hambre y me disteis de comer...» (Mt 25, 35), no necesita mirar al firmamento estrellado, ni al agua que es «muy útil, pura y humilde, y preciosa y casta»; ni escuchar «la música callada, la soledad sonora» para descubrir el rostro de Dios. La gran ciudad moderna —lugar de tantas tristezas y tantas tragedias humanas— puede ser para el cristiano un lugar privilegiado para el encuentro permanente con ese Dios que en Jesucristo ha querido identificarse con los pobres, los excluidos, los que sufren.

Algunos rasgos de una oración cristiana desde la ciudad

Atento a las señales de Dios, el hombre urbano está llamado a descubrir formas nuevas o renovadas de oración. Y, en primer lugar, la oración de intercesión. Los lloros del niño pequeño del vecino, los gritos de la disputa familiar, los ruidos de la moto del joven, el "escándalo" de la sala de fiestas cercana pueden distraer los rezos del cristiano o de la comunidad que está intentando orar. Pero también pueden dar a esa oración un contenido precioso. Pueden convertirse en objeto de súplica de intercesión que mueva a transformar las circunstancias en las que viven. Y en la tradición judía se ha dicho muy bien que «las oraciones que el cielo antes escucha son las que dirigimos por los demás».

Nuestras propias dificultades, los problemas a veces agobiantes que nos supone la vida en la ciudad, pueden ciertamente perturbar la paz que tanto anhelamos como condición para orar. Pero en ningún sitio está dicho que el hombre agobiado, el interiormente tenso, el que está lleno de

miedo o de preocupaciones tenga que esperar a haber superado todas esas dificultades para ponerse en la presencia de Dios. Al contrario, el Evangelio nos asegura que Jesús llama a sí, precisamente a los agobiados por toda clase de cargas, para aliviarlos de ellas (Mt 11, 28). Y en una vida que comporta todos esos inconvenientes no sería bueno necesitar escapar de ellos para poder orar. Lo ha dicho también la tradición judía: «la oración que no refleja la condición humana, sus angustias y sus penas, el cielo la rechaza: es una oración muerta». Jesús, por su parte, oró en la pasión pidiendo que le fuera evitado el cáliz, y en la cruz se quejó amargamente ante Dios de su abandono.

Sobre todo, la vida de la ciudad, esa gran nave en la que todos sus habitantes nos encontramos embarcados, ese gran proyecto común, esa gran tarea solidaria, invita al creyente a acentuar, en el ejercicio de su fe que es la oración, el compromiso por la justicia, y la práctica del amor, sin los que esa fe y esa oración serían palabras vanas. La atención a las desgracias de los hombres con los que se convive convierte la invocación al Padre común en una terrible exigencia. «La oración que no intenta mejorar —en todos los aspectos— la comunidad de la que surge, no merece ese nombre» (E. Wiesel). Y esa mejora supondrá de ordinario la movilización de no pocos recursos y de todos los esfuerzos del cristiano que ora.

Creer y orar desde la cotidianidad creyentemente vivida en la ciudad secular

Es bien conocido que, justo en nuestro tiempo caracterizado por la extensión y la radicalización de la secularización han surgido serias reflexiones teóricas que justifican la posibilidad y la necesidad de la realización de la experiencia de Dios, incluso en sus formas místicas, en la vida diaria en los diferentes medios en que pueden vivir los cristianos. Por eso, cada vez son más numerosos los intentos de realización de ese ideal de espiritualidad en medio de la vida

cotidiana. Ejemplos de lo primero son la reflexión de X. Zubiri sobre el hombre como experiencia de Dios contenida en su obra El hombre y Dios. Aludo solo a unos textos tomados de esa obra profunda pero de fácil comprensión: La condición absolutamente trascendente de Dios hace que no pueda ser objeto de ninguna facultad o acto humano: «La experiencia de Dios no es la experiencia de un objeto llamado Dios». «Dios no es término objetual para el hombre». Pero entonces, ¿cómo puede el hombre hacer la experiencia de Dios? «Lo que sucede es que el hombre está fundamentado y que Dios es la realitas fundamentalis, por lo que la experiencia de Dios por parte del hombre consiste en experienciar el estar fundamentado... en la realidad de Dios». De estos principios concluye el filósofo: «Ciertamente la experiencia subsistente de Dios no es una experiencia al margen de la experiencia de la vida cotidiana: comer, llorar, tener hijos... No es experiencia al margen de esto, sino la manera de experienciar en todo ello la condición divina en que el hombre consiste. No se trata de ocuparnos de las cosas y, además, ocuparnos de Dios, como si Dios fuese una realidad añadida a la de las cosas. No; el hombre se ocupa de Dios ocupándose con las cosas y con las demás personas», desde el horizonte y la perspectiva que abre en su vida la conciencia de estar surgiendo permanentemente de la presencia originante de Dios y fundado en ella como la realidad fundamental de la propia vida.

Desde otras perspectivas, el P. Rahner, cuya teología muestra una constante preocupación por la espiritualidad cristiana y su realización en nuestros días, pone con toda claridad el centro de la espiritualidad en la experiencia de Dios que se realiza siempre en el interior de la fe, e insiste constantemente en la vida real, diaria, de cada persona, vivida en un determinado nivel de profundidad, como el lugar y el medio por excelencia para su realización. A eso se refiere con la experiencia de estar referido al Misterio, experiencia que

emerge «del corazón de nuestra existencia» y que conduce al ignaciano «descubrir a Dios en todas las cosas».

Pero, además, en nuestros días, maestros espirituales de diferentes orientaciones proponen formas de espiritualidad orientadas a facilitar a los creventes la realización de la experiencia de Dios «en el espesor de lo real» (Fernando Urbina); «en el corazón de las masas» (Ch. de Foucauld y René Voillaume). Esta última se resume, con palabras de este último, en tres rasgos que vemos perfectamente armonizados en la vida de las fraternidades de los Hermanitos de Jesús. Sus miembros viven "en el corazón de las masas", y especialmente en medios empobrecidos; comparten con sus habitantes el trabajo, frecuentemente en condiciones notablemente duras, con la preocupación apostólica de «llevar al corazón del pueblo cristiano la experiencia de Dios»: La oración a la que aspiran reviste la forma de «adoración suplicante cargada con los sufrimientos de la humanidad y con sus miserias, aportando a los hermanos comprometidos en la lucha por la mejora de la humanidad su estilo de vida a la vez contemplativo y comprometido». Son precisamente las dificultades que la vida en esos medios supone para la práctica de la contemplación en el sentido "tradicional" de la palabra, que conlleva retiro, silencio, y cierto alejamiento de la vida en el mundo, lo que los conduce a su forma peculiar de contemplación como "oración sin libro, desnuda, con todo el ser".

En efecto, prosigue el autor de *La oración de las pobres gentes*, «el trabajo muchas veces extenuante, que requiere gran esfuerzo físico, en lugares en los que predomina un ruido a veces ensordecedor, lleva consigo un embotamiento de la mente, una fatiga de toda la persona, que parece hacer imposible adentrarse en la vida de oración. Pero si esto fuera así, si esta dificultad resultase insuperable, la llamada de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré" sonaría a ironía, a sarcasmo, en cuanto dirigida precisamente a quienes no la podrían escuchar. ¿Cómo entonces participar realmente por razones evangélicas en la

vida de los verdaderos pobres sin cerrarse el camino de la oración?»

Las "pobres gentes" con las que están llamadas a vivir las fraternidades no son ciertamente capaces de "mística" bajo la forma tradicional de contemplación ejercitando la mente sobre Dios y sus misterios, sintiendo a través de ese ejercicio la paz que procura el contacto con la Presencia. Pero la conciencia de su doble vocación: el encuentro con el Señor desde la vida contemplativa, compartiendo la vida con los más pobres, las ha conducido a una forma de oración de otro estilo que Ch. de Foucauld y R. Voillaume han descrito de forma muy viva y que, aunque parezca representar una novedad en relación con las tradiciones y las escuelas espirituales, en realidad reproducen admirablemente los rasgos de la oración de Jesús tal como aparece descrita en los Evangelios. Se trata, recuerda este gran maestro espiritual a sus hermanos, en términos aplicables a otros muchos cristianos de nuestros días, "de ir a Dios con todo nuestro ser, y lo que nos lleva a Dios como conviene es la fe, la esperanza y la caridad. Centrados en ellas nos basta ejercitarlas sabiendo que somos hijos, queriendo serlo, viviendo como tales, y, como tales entregándonos a Dios: El pensamiento, la reflexión pueden ayudarnos a tomar conciencia de nosotros mismos, pero ¿qué facultad descubre nuestra condición de imagen de Dios y de hijos suyos? Para ello es necesario, y nos basta, ejercitar vitalmente la fe, la esperanza y la caridad. Ese ejercicio es ya una oración muy verdadera, aunque muy despojada; y no se ve entorpecido por la vida diaria, ni siquiera por la de un duro trabajo. Al contrario, una vida así hace al sujeto disponible a la acción de Dios, para que él obre en nosotros. Esto no necesitamos hacerlo objeto de conciencia refleja, ni sentirlo. El verdadero orante, el contemplativo, se pierde de vista a sí mismo; tiene su mirada vuelta hacia Dios y su oración es "la mirada de pura fe, esperanza y amor", sin otros añadidos de conciencia, certezas, sentimientos o gustos. Cuando vivimos llevados por la fe, exhorta Voillaume a sus fraternidades, permanecemos ante el Señor, incluso sin saber demasiado por qué, ni cómo. Cuando nos ponemos así, sin gustos ni otros atractivos, al servicio de los demás, entonces es cuando, si permanecemos fieles y si Dios quiere, y eso es lo único de lo que podemos estar ciertos, se realiza el misterio de la fe y el amor y entramos en la zona de nuestra alma donde late y surge la vida divina y nos unimos verdaderamente con ella.

La referencia a esta forma de espiritualidad solo pretende mostrar que las circunstancias que resume la expresión "ciudad secular" no imposibilitan en absoluto la realización de la vida cristiana y la práctica de la oración incluso en sus formas más altas. Requieren tan solo de los cristianos el ejercicio de la actitud teologal, la atención a las condiciones en que se desarrolla su vida y la búsqueda de formas de oración que se correspondan con ellas.

Algunas condiciones externas que faciliten el ejercicio de la oración en la ciudad

Cuantas más dificultades encuentra el ejercicio de una actitud, más necesidad tenemos de disponer de ayudas externas para realizarlo. Es probable que al monje todo le esté ayudando constantemente a orar. Al cristiano que vive en la ciudad, ciertamente no. Por eso necesita levantar en su vida urbana diaria el pequeño "monasterio virtual" que le ayude a orar. Las muchas actividades que suele comportar la vida en la ciudad, puede conducir a muchas personas a la falta material de tiempo para la oración. No caigamos entonces en la trampa de consolarnos diciéndonos a nosotros mismos que todo puede ser oración. Porque lo normal es que si no reservamos momentos sólo para orar, terminaremos por no orar en absoluto. Y recordemos lo que decíamos al principio: «no orar no es un pecado; es un castigo». O, corrigiendo la expresión de E. Wiesel, una desgracia. Sobre todo para quien, en la masa de la ciudad, vive solitario y en la oración tiene la posibilidad de vivir en la mejor compañía.

La gran ciudad necesita tanto como parques y jardines, espacios verdes para la escucha, el diálogo, la convivencia... y la oración. Y ya va siendo hora de que los responsables de la pastoral, las congregaciones religiosas, la Iglesia en su conjunto caigamos en la cuenta de esta necesidad y habilitemos espacios, momentos y ocasiones para facilitar la práctica de la oración personal y comunitaria. Pero cada creyente está también llamado a la habilitación de esos espacios verdes en la propia vida. La imagen preferida, el icono, el pequeño cirio pueden convertir el rincón más insignificante de una vivienda humilde en un espacio que ayuda a la oración.

Disponer de unos materiales

Ciertamente ya no es el tiempo de los devocionarios con fórmulas para ser repetidas rutinariamente. Pero la Biblia, sobre todo muchos de sus salmos, o el Nuevo Testamento, el Libro de las Horas, esas fórmulas de oración con las que han rezado generaciones enteras de cristianos: «Oh Tú, el más allá de todo; no sé llamarte con otro nombre» (san Gregorio Nacianceno); «Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé...» (san Agustín); «¡Dios mío, todas mis cosas!» (san Francisco); «Quien a Dios tiene, nada le falta. Solo Dios basta»; «Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis hacer de mí...?» (santa (santa Teresa); «Tomad, Señor y recibid toda mi libertad...» (san Ignacio); «...Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y no permitas que jamás me separe de Ti» (oración prevista para que la susurre el celebrante antes de la comunión y que vale la pena recitar en voz alta para todos); Teresa); o la del P. Teilhard que comienza: «No te inquietes por las dificultades de la vida... Quiere lo que Dios quiere... Confía ciegamente en ese Dios que te quiere para sí...», y termina: «Por eso, cuando te sientas apesadumbrado, triste, adora y confía». O la de Romano Guardini: «Me recibo continuamente de tus manos; / Esta es mi verdad y mi alegría / Tus ojos me miran constantemente / y yo vivo de tu mirada, / Mi creador, mi salvación. / Enséñame en el silencio de tu Presencia / a descubrir el misterio que soy / y que soy por Ti,

ante Ti y para Ti». Y las de algunos que no se atrevían a llamarse creyentes: «Pero, Señor, "yo soy", dinos tan solo; / Dinos "yo soy" para que en paz muramos; / no en soledad terrible, / sino en tus manos» (Miguel de Unamuno) Y tantas otras que pueden prestar a quien reconoce humildemente que necesita ayuda, un alimento, un aliento, una luz que despierte y provoque su oración personal.

Nada, sin embargo, nos ayudará tanto a creer y a orar, en la ciudad y en todas las circunstancias de la vida, como la ayuda fraterna. Creando, por ejemplo, pequeños grupos de oración. Se hace difícil de entender que unos cristianos vivan en común por razones familiares, de trabajo, de formación, o de servicios comunes en una comunidad cristiana y no se reúnan, de vez en cuando al menos, para orar juntos. Nada ayuda tanto a orar y a creer como compartir la fe y la oración con las personas con las que se comparte el trabajo, la formación o la vida. En la gran ciudad, donde abunda y predomina culturalmente la increencia, se padece muchas veces el ocultamiento, el eclipse de Dios. La necesidad de Dios que llevan dentro sin tal vez saberlo, hace preguntar a agnósticos, indiferentes, ateos, dirigiéndose a los creyentes: "¿Dónde está vuestro Dios?". Personas y grupos orantes, si oran con autenticidad, pueden constituir pequeñas lucecitas que brillen en la noche y orienten incluso a los no creyentes hacia el camino de una respuesta personal. Orar en la ciudad puede así convertirse en una forma excelente de anunciar calladamente Evangelio, evangelizar de la forma más auténtica en la ciudad secular.

Algunos textos propios para continuar la reflexión:

- J. MARTIN VELASCO, Vivir la fe a la intemperie (Madrid 2013).
- Orar para vivir, Invitación a la práctica de la oración (Madrid 2017).
- — Orar en la ciudad (Madrid 1990)

La poesía del pueblo tuareg ocupó a Carlos de Foucauld durante años. Citamos aquí un ejemplo que evoca el desierto.

El silencio

Todo lo grande viene del silencio. Grandes buscaron silencio. En el desierto se formaron: Moisés, Jesús, Pablo.

Monjes recogían en monasterios el silencio. Su letra manuscrita, su coral, su trabajo, duran.

En el silencio crece un hombre en el vientre de su madre. En el silencio se encuentran los hombres unos a otros. En el silencio atrae el misterio infinito al tú más hondo, al ser humano. En el silencio de la noche luchó Jacob con Dios'.

^{1.} G. GRESHAKE, o.c., citado de M. GUTL, Nachdenken mit Martin Gutl. Texte, Meditationen, Gebete. Graz, 1983.

«El desierto, la contemplación, no es olvido de la historia, ni evasión de la problemática del mundo, sino que nos hace descubrir el plan de Dios, el paso del Señor por la historia, la actividad incesante y creadora del Espíritu santo.

Necesitamos hacer silencio en nuestro entorno para descubrir la auténtica dimensión de las cosas, para verlas en sus justas proporciones.

El desierto, así vivido, nos hace comprender tres cosas: que lo único que importa es Dios; que Jesucristo vive entre los hombres y peregrina con nosotros hacia el Padre: y que la eternidad esta empezada. y caminamos con Cristo hacia la consumación (1 Cor 15, 24-28).

El desierto nos ayuda a descifrar el misterio de la cruz, a superar su escándalo (1 Cor l. 23), a gustar la fecundidad de los sufrimientos (Col 1,24; Jn 12.24); nos da equilibrio, al ponernos en contacto con Jesucristo que es nuestra paz (Ef 2, 14), nos hace saborear los secretos del Padre (Mt 1 1, 25) Y echando el temor, nos lleva a la plenitud del amor (1 Jn 4, 18)».

FRANCISCO Mª LÓPEZ MELÚS, Desierto: Una experiencia de gracia (Salamanca 1994) 71

Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones de correo: (redaccion@carlosdefoucauld.es) o (maikaps73@gmail.com).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2018 Julio - Septiembre n.198 Jóvenes y vocación cristiana. «Jóvenes, os he escrito porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros» (1ª Jn 2,14).

Año 2018 Octubre – Diciembre n. 199 Iglesia pobre con los pobres. «No tengo plata ni oro; pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar » (Hch 3,6)

Nota de Administración

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en digitalizar los números del Boletín para que los interesados puedan consultarlos después de unos meses de la edición papel. La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma. Te pedimos tu colaboración económica.

UN LIBRO... UN AMIGO





AUTOR: Gisbert Greshake

TÍTULO: Espiritualidad del Desierto

LUGAR Y FECHA DE EDICIÓN: Madrid 2018

EDITORIAL: PPC

FORMATO: 200 x 150. PÁGINAS: 306 páginas

Gisbert Greshake nació en 1933 en Recklinghausen [Alemania]. Estudió en Münster y Roma. En 1969 se doctoró en

Münster y trabajo como asistente de W. Kasper. En 1972 consiguió la cátedra de Teología dogmática e historia del dogma en Tubinqa. De 1974 a 1985 fue profesor en la Facultad de Teología católica de Viena, y desde 1985, de Teología dogmática y ecuménica en Friburqo de Brisgovia.

«El desierto es una tierra fría con un sol ardiente», dicen los tuaregs. La particularidad del desierto consiste precisamente en que reúne y mantiene juntos elementos extremos. El desierto significa indisolublemente calor y frío, esterilidad y vida, inmensas zonas sin agua y fértiles oasis, arena y piedra, llanura y altas montañas. La relación entre todo ello es la de un equilibrio inestable. Con su tensión entre polos tan opuestos, el desierto es una de las más elocuentes imágenes de nuestra vida, marcada asimismo por tensiones y rupturas. Justamente con su doble polaridad de «lugar de muerte» y «lugar de vida», el desierto, cual persuasivo «icono», invita a ver en su imagen de un modo nuevo la propia vida.

El autor titula el capítulo 5 «El desierto en la espiritualidad de Carlos de Foucauld» donde «aparece de nuevo lo que ya hemos conocido antes y después, al mismo tiempo, sin embargo, se dan características totalmente nuevas» para terminar reconociendo que «en los cambios que hubo en la vida de Carlos de Foucauld surge una nueva visión espiritual del desierto». El capítulo finaliza con una propuesta para hacer desierto.

MARÍA DEL CARMEN PICÓN SALVADOR

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: administración@carlosdefoucauld.es

ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA

c.e: asociación@carlosdefoucauld.es

WEBMASTER PÁGINA WEB

c.e: webmaster@carlosdefoucauld.es

COMISIÓN DE DIFUSIÓN

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DE JESÚS

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE JESÚS

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

c.e: hermanitasdelsagradocorazon@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DEL EVANGELIO

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD (Para vivir el carisma en solitario):

c.e: union@carlosdefoucauld.es.

Coordinación lengua catalana: corcat.union@gmail.com

HERMANITAS DE NAZARET

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es

SUMARIO

EDITORIAL
El Desierto: encuentro con Dios.
Manuel Pozo Oller
Desde la Palabra
. El desierto de Jesús. Antonio Rodríguez Carmona
En las huellas del Hermano Carlos
. Dios en la soledad del desierto. Giorgio Gonella1
TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS
El silencio, una necesidad para descubrir
y vivir lo que somos de fondo. José Mejías1
• El silencio. Jacqueline Rouillard
La importancia del silencio interior. José Vázquez
Borau24
• Luces en la Ciudad. Dolores Aleixandre RSCJ2
Ideas y Orientaciones
Creer y Orar en la Ciudad33
Introducción 34- El ser humano, un ciudadano 38 - Dios y la ciudad
40- Ser cristiano en la ciudad 42- ¿Huir de la ciudad para orar? 45-
Creer y orar en la ciudad 47- Rehumanizar la deshumanizada vida
ciudadana 49- Comunidades fraternas en medio de la muchedumbre
solitaria de la ciudad 51- Abrir los ojos a las huellas del paso de Dios
por la ciudad 53- Algunos rasgos de una oración cristiana desde la
ciudad 55- Creer y orar desde la cotidianidad creyentemente vivida en la ciudad secular 56- Algunas condiciones externas que faciliten
el ejercicio de la -oración en la ciudad 60- Disponer de unos
materiales 61
TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS65
UN LIBRO UN AMIGO 66

families Carlos deforcarld